EGON WOLFF

Antología de obras teatrales

Teatro

GOBIERNO DE CHILE
CONSEJO NACIONAL DE FOMENTO
DEL LIBRO Y LA LECTURA

RIL
editores

LA BALSA DE LA MEDUSA

Obra en tres actos

(1984)

LA BALSA DE LA MEDUSA

Estreno: 24 de abril de 1984,
Teatro de la Universidad Católica, Santiago

REPARTO:

CONRADO (Rodrigo Álvarez)
LEONARDO (Juan Carlos Bistotto)
JULIÁN GARCÍA (Luis Alarcón)
CINTIA (Gloria Munchmeyer)
GOLDBERG (Tennyson Ferrada)
EMILIA (Carmen Barros)
ÍTALO SERGETTI (Arnaldo Berríos)
SERRANO-SOLER (Roberto Navarrete)
LUISA (Silvia Santelices)
CARLA (Silvia Piñeiro)
MARIO CRUZ (Eduardo Baldani)
JAVIER (Alberto Vega)
TERESA (Soledad Alonso)
PORDIOSEROS: (Laura Pizarro, Juan Carlos Nanjarí,
José M. Covarrubias, Rodrigo Gijón)

DIRECCIÓN:

Héctor Noguera

Personajes

Conrado
Mayordomo
Leonardo
Dueño de casa
Él
Ella
El Militar
El Cojo... pordioseros
Julián García
Emilia
Teresa
Serrano-Soler
Luisa
Dr. Ítalo Sergetti
Cintia
Carla
Mario cruz
Moshe Goldberg
Javier... invitados

(A fines del siglo dieciocho, un grupo de individuos fueron encontrados, solitarios y abandonados, navegando en una balsa. Eran los náufragos de un bergantín hundido hacía algunos días llamado "Medusa". El pintor romántico francés, Théodore Géricault (1791-1824), pintó un cuadro basado en este hecho, que, hasta hoy, se conserva y exhibe en el museo del Louvre en París.)

ACTO PRIMERO

(Escenario: La gran sala de estar de una mansión. Altos ventanales góticos. Vitreaux. Al fondo, en un plano más alto, la gran puerta de entrada. Una escala solemne, bajo arco, hacia los recintos interiores. Ventanales al parque y la playa distantes, sofás, sillones, alfombras, mesas de arrimo, etc.

Reina una atmósfera nebulosa violácea.

Un viento sacude los altos cortinajes de la ventana. Se escuchan silbidos prolongados y lastimeros. De pronto, una campana, y luego, casi de inmediato, ladridos de perros mastines.

Al llamado acude Conrado, canoso, digno, viste tenida oscura de mayordomo. Un plumero en la mano.

Abre la gran puerta.

En el vano tres pordioseros. Dos hombres y una mujer. Visten harapos. Portan grandes bolsas llenas de desperdicios. Uno luce levita y chambergo, ajados. El otro una vieja tenida militar. Extemporánea, ostentosa, llena de condecoraciones de oropel. Ella, una falda sucia, larga, y un gran sombrero alón que fue elegante.

En menos que Conrado alcance a reaccionar, se precipitan, chillando, riendo dentro de la sala. El de la levita, rodando sobre sí mismo. Ella brincando sobre los sillones.)

CONRADO.– *(Procurando darles caza con el plumero.)* ¡Ustedes! ¡Aquí, de nuevo! ¡Fuera!... ¡Fuera, les digo!

ELLA.– *(Contorsionándose grotescamente.)* ¡Van a venir! ¡Van a venir! ¡Sabemos que vendrán!

ÉL.– ¡Los oímos!

Ella.– ¡Los sentimos! ¡Vendrán pisando el maicillo, con sus tacos finos!

CONRADO.– *(Dándole alcance al de chambergo.)* ¡Fuera!

ELLA.– *(Arrodillándose ante él, suplicante.)* ¡Una chuleta, una chuleta de cordero, por amor a Dios!

ÉL.– ¡Un perfume! ¡Un frasquito de perfume para los pobres! *(Ambos corren, riendo, chillando, hacia la puerta, perseguidos por Conrado.)*

ELLA.– *(Volviéndose una vez más.)* ¡Habrá manjares para ellos, y a nosotros no nos darán nada!

ÉL.– Les mostrarán el oro, y a nosotros nos darán... Piedras! *(Bailan aún un instante en torno a Conrado, un baile desarticulado, grotesco, amenazante, y luego desaparecen riendo, el del chambergo con profundas genuflexiones, sombrero en mano. Afuera arrecían los ladridos de los mastines.)*

CONRADO.– *(Gritándoles a través de la puerta abierta.)* ¡Para otra vez, les echaré los perros!... *(Gira y ve al militar, que se ha quedado, contemplando un gran Buda de cristal. Ausente de la algazara de los otros dos, yendo sobre él.)* Y tú qué haces?... ¡Fuera! *(Lo amenaza con el plumero, "el militar" inmutable.)*

EL MILITAR.– *(Por el Buda.)* Dinastía Sun... Siglo doce después de Cristo... En la gran revolución China, hacían rodar a éstos por las escalas o los lanzaban al mar, atados a los cuellos de los mandarines. Hoy, se les puede encontrar aún, en el mar de la China, atados a una calavera. *(Avanza con parsimonia hacia la gran puerta, seguido por Conrado. Volviéndose hacia él, antes de salir.)* Estaremos en el barranco echados sobre el barro seco, observando cuando lleguen... Y los reconoceremos por el olor. *(Sale. El viento sacude los cortinajes. Al cerrar, Conrado, la gran puerta, el viento se calma. Arriba, en lo alto de la escala, aparece Leonardo. Pálido, moreno, viste enteramente de negro.)*

LEONARDO.– ¿Quién es esa gente Conrado?

CONRADO.– Los del barranco, señor. Apenas logro controlarlos, ya. Se meten al menor descuido.

LEONARDO.– *(Bajando la escala.)* Tendremos que levantar esas rejas.

CONRADO.– Así es, señor. *(Leonardo avanza hacia el centro de la sala.)*

LEONARDO.– *(Cansado, melancólico.)* No quiero que nadie perturbe la paz de esta casa, Conrado.

CONRADO.– Lo sé señor, pero su avidez es tan grande que ni siquiera los perros consiguen disuadirlos. *(Leonardo va hacia los ventanales. Mira afuera. Tras pausa.)* ¿Vendrán hoy, señor?

LEONARDO.– Como siempre.

CONRADO.– ¿Bulliciosos, mmh?

LEONARDO.– Como siempre, sí... Como tienen que ser... Predecibles. *(Otra pausa, en tanto Conrado sigue con su aseo de la sala.)*

CONRADO.– Lo noto cansado, señor.

LEONARDO.– Es que se me escapa el sentido de todo esto, Conrado... Obedezco los designios. No soy más que un peón, en el proyecto de lo desconocido. Periódicamente tengo que recibirlos y darles mi hospitalidad, y ese es un trabajo muy, muy cansador... *(Pausa.)* Haz lo tuyo Conrado.

CONRADO.– *(Limpiando a medias, distraído.)* Sí, señor...

LEONARDO.– La lechuza es la lechuza. El águila es el águila, Conrado. Parecen refocilarse en ser lo que son. Tú quisieras, a veces, que el águila fuese lechuza, y la lechuza... águila, pero es soñar demasiado... *(Mirándolo por primera vez.)* Esta permanencia predecible me está matando, Conrado.

CONRADO.– Espero que soporte su impaciencia, señor.

LEONARDO.– Temes que mi anhelo me haga cometer un desliz, mmh?

CONRADO.– Lo ha hecho otras veces, señor.

LEONARDO.– Sí... Es verdad. *(Se encamina con paso cansado hacia la escala.)*

CONRADO.– ¿Le subo un jerez, señor?

LEONARDO.– ¡Sí, hazlo! *(Subiendo.)* Como siempre, estaré en mi habitación, escuchando los ruidos. *(Deteniéndose.)* Y, Conrado...

CONRADO.– ¿Sí, señor?

LEONARDO.– Cuida el mobiliario; que no destruyan nada.

CONRADO.– Trataré, señor...

LEONARDO.– Que nadie vomite sobre mis alfombras. La última vez lo hicieron sobre mi *Kashan* azul.

CONRADO.– Hay algunos de naturaleza más débil, y aquí son sometidos a una gran presión, señor...

LEONARDO.– Sí... Lo sé... Lo sé. *(Desaparece en lo alto de la escala. Conrado lo observa un rato con triste simpatía. Luego retorna a su labor. Dispone los muebles. Pasa el plumero. Está arreglando algún cojín, cuando fuera, se escucha ladrar los perros. Lo hacen cada vez con más furia e insistencia. Luego voces y risas y gritos festivos de "¡Sí, aquí es, parece!"... "Si tiene que ser". Luego, la campana. Conrado se pone su chaqueta. Acude a la puerta. La abre. Desaparece por un instante.)*

VOZ DE HOMBRE.– ¿La casa de Leonardo?

CONRADO.– ¡Sí señor! ¡Ésta es!

VOZ DE HOMBRE.– ¡Bueno haga callar a estos perros, hombre!

CONRADO.– ¡Bongo!, ¡Kazán! ¡A callar!

VOZ DE MUJER.– ¡Pero, qué bestias! *(Nuevos ladridos furiosos. Una exclamación asustada. Un grito.)*

CONRADO.– *(Autoritario.)* ¡Ya, Kazán, Bongo, a callar he dicho!... ¡Camilo, encierre a los perros! *(Los ladridos se acallan. Aparece Conrado en el vano de la puerta... Tras él, aparece el grupo de invitados vistiendo elegantemente, como viniendo de un cocktail. Ellas, rutilantes. Ellos desenfadados, son Julián García, el comerciante (48) y su mujer, Emilia (43); Serrano-Soler, el industrial (50) y su amante, Luisa (35); el Dr. Italo Sergetti (43) y su mujer, Cintia (36); Carla, diseñadora de modas (38) y su amigo, Mario Cruz, decorador y anticuario (36); Moshe Goldberg, Joyero (46); Teresa, cellista (24); Javier, rentista (23)*

Irrumpen animados, efervescentes, expectantes. Conrado gira en torno a García, que se limpia el pantalón.)

CONRADO.– ¡Qué molestia, señor! ¡Espero que comprenda! Esas bestias, por mucho que uno las cuide, siempre se me escapan...

GARCÍA.– Está bien, no es nada... Por un momento, creí que me mordía...

CINTIA.– ¡Que dientes, Dios mío!

CONRADO.– ¡Sí, señor... una gran molestia! *(Procura limpiar el pantalón de García.)*

GARCÍA.– ¡No, está bien, le digo! No fue nada... *(Emilia se acerca solícita a revisar si tiene alguna herida, gesto que recibe su rechazo brusco.)* ¡Está bien, te digo! ¡Déjame! ¡No es nada; sólo un rasmillón superficial! *(Emilia se retrae de inmediato, gesto que observa Teresa.)*

CONRADO.– ¡Pero, pasen, señores! ¡Pasen! ¡Hagan el favor! *(El grupo avanza hacia el centro de la sala. Conrado enciende una súbita luz general que ilumina todo el ámbito de la sala. Todos miran el decorado, con diversas exclamaciones de asombro y admiración.)*

GOLDBERG.– ¡Vaya! ¡Sólo invitado al palacio de Midas, me habría imaginado algo así!

EMILIA.– ¡Fabuloso!

SERGETTI.– *(Echándose sobre un sillón.)* ¿Y estos sillones, son para sentarse en ellos, o sólo para admirarlos? *(Esto provoca la risa de algunos. Conrado, que se ha mantenido en la retaguardia, avanza.)*

CONRADO.– El señor espera que se sientan cómodos. Quieren pasarme sus abrigos, por favor? *(Recoje abrigos y bufandas.)*

SERRANO-SOLER.– En todo caso, no es manera de recibirlo a uno. Al amigo García, casi lo descuartiza una de esas bestias... No es posible que anden sueltas...

CONRADO.– Se tomarán medidas, para que esto no vuelva a suceder, señor. *(Sale con la carga de abrigos y objetos personales. Luisa tirita de frío.)*

LUISA.– ¡Oh, que frío! ¡Esta casa, de repente, tiene algo de congelante!

SERRANO-SOLER.– ¡Bueno, dile a ese tipo que te devuelva tu abrigo! *(Grita a Conrado, que va saliendo.)* ¡Eh, hombre! ¡Devuélvale su abrigo a la señora! Y haga algo para calentar esta casa! *(Conrado retorna con el abrigo, que Luisa se echa sobre sus hombros.)*

CONRADO.– Haré encender los calefactores, señor. *(Sale. Por un instante, todo el mundo gira por la habitación, como suspendidos en una espera, sin objeto.)*

CARLA.– *(Finalmente.)* Bueno hablando de congelar... ¿Parece que la alegre comparsa, que venía tan chispeante, se ha congelado un poco, eh?

SERGETTI.– Debe ser el ámbito: Elegante, discreto, pero con algo de catedral. *(Algunos toman asiento en los sofás y sillones. Otros deambulan.)*

GARCÍA.– *(Desde su sillón; burlón.)* ¡Bueno, y con Emilia, aquí, viendo fantasmas por el camino, a cualquiera se le enfría el alma!

EMILIA.– ¡Los vi! ¡Los vi!

GARCÍA.– Claro... ¡Cadáveres que salían del mar! ¡Efebos blancos envueltos lánguidamente, en redes! ¡Oh Dios!

EMILIA.– ¡Los vi, te digo!

GARCÍA.– *(A los otros.)* ¿Debe haber sido la bruma de la playa, no creen? ¡Un poco de niebla, y se le despierta la fantasía, hasta a los que no la tienen!

CARLA.– *(Desde otro sillón.)* Bueno en todo caso, los invito a no dejarse impresionar por las circunstancias... ¡Odio a los que no saben llevar las cosas a su fin!

SERGETTI.– ¿Fin? ¡Esa palabra siempre me da escalofríos! ¿Cuál crees que es el nuestro, aquí?

CARLA.– ¡Divertirnos! ¡Tan simple como eso! ¿Te parece una razón muy pobre? *(Goldberg realiza una cabriola tonta.)*

GOLDBERG.– ¡*Touché*!

CARLA.– ¡Y ahora, si alguien me pregunta que es "divertirse", le contesto con una grosería! *(Todos ríen. Sergetti acaricia el pelo de Cintia, a su lado.)*

SERGETTI.– En todo caso, el viaje en auto descapotado le asienta terriblemente a Cintia, ¿no creen? ¡No me digan que no le asienta terriblemente!... "Arrebatadora", diría yo, con su lindo pelo suelto, flotanddo al viento... ¡A lo Isadora Duncan!

GOLDBERG.– ¿Por qué... "Isadora Duncan"?

SERGETTI.– La que murió ahorcada con su propia bufanda, en un auto descapotado, ¿no fue así?... Siempre que veo una hermosa mujer, con el pelo flotándole al viento, me surge su imagen. Reflejos condicionados de la líbido, supongo. Me excitan las mujeres con el pelo suelto.

CINTIA.– *(Desprendiéndose a medias de sus dedos que la acarician sensualmente.)* ¡Oh... Eso de nuevo!

SERGETTI.– ¿Qué cosa, "eso"?

CINTIA.– *(A todos.)* Tiene una mente morbosa... En Ítalo, todo se resuelve finalmente en lo mismo: sexo y muerte mezclado en amasijo mórbido... ¡Te hace el amor, con una calavera en una mano! *(Todos ríen. Mario, que no ha dejado de observar a Javier, que deambula por la habitación, mirando los objetos, se le acerca, manteniéndose a una cierta distancia.)*

SERRANO-SOLER.– *(Festivo. A Sergetti.)* ¡Explica eso, Sergetti! ¡Desde tu punto de vista de médico!

SERGETTI.– Reacción más que natural, me parece, ¿no? Viendo tanta gente luchar por su vida, no puede uno dejar de pensar en la muerte, ¿no? ¡En mi caso, al menos, como neurólogo, me muevo en una constante obsesión de bulbos, redondeces, y agonías!

CARLA.– ¡La secreta topografía del hombre!

GOLDBERG.– Es que siempre pensé que los doctores son, en verdad, como nómadas del desierto, y el cuerpo humano, un arenal... *(Se produce un silencio, ante ese exabrupto inoportuno, que se prolonga incómodamente. Todo el mundo se siente agitado por una sensación de súbito vacío e inestabilidad.)*

LUISA.– *(Finalmente; moviéndose nerviosamente.)* Bien...

SERRANO-SOLER.– ¿Bien qué?

LUISA.– ¿Qué estamos esperando, me pregunto? ¡Odio esperar, como tú muy bien sabes!

SERRANO-SOLER.– ¿Dónde estará ese muchacho? *(En el nuevo silencio que se cierne, todos escuchan el diálogo entre Mario y Javier, que han estado observando con mucha atención unas máscaras colgadas en un muro.)*

MARIO.– Máscaras funerarias balinesas... ¿Te interesan?

JAVIER.– *(Confundido ante su repentina proximidad.)* Son extrañas...

MARIO.– Sí, como mirando a la nada, ¿no te parece?... Algo insondable, des-

conocido, en la hueca profundidad de sus ojos... Pero también miran como... risueñamente, ¿no te parece?

JAVIER.– *(Brusco.)* ¿Le parece a usted?

MARIO.– Con la sonrisa de la inmovilidad, ante todo aquello que se mueve... isnútilmente. Sabiduría de lo estático... *(Javier no sabe cómo tomar eso.)* No pareces una persona acostumbrada a esta clase de "excursiones"...

JAVIER.– ¿Qué quiere decir?

MARIO.– Comparsas alegres, si ton ni son, como éstas... *(Señala a los concurrentes. Javier está consciente que todos escuchan.)* Noctilucas reunidas alrededor de la luz, viniendo de distintos rincones de la noche... Mezclados artificialmente... ¿No te pareció exagerado las risas en los autos... Las carreras demasiado locas por la carretera?... ¿Como si todo el mundo tratara de huir de algo?

JAVIER.– A mí me pareció que todos se entretenían mucho.

MARIO.– *(Insistente; insinuante.)* ¿Te parece?

JAVIER.– ¡Sí! ¡Me parece!

MARIO.– No te creo... Sospecho que estabas escandalizado. *(Javier se aleja bruscamente de ese acosamiento. Vuelve a refugiarse en el grupo. Conrado hace su entrada con una bandeja de bebidas diversas, que ofrece.)*

LUISA.– ¡Vaya! ¿Y esto, qué es?

CONRADO.– Un *Bloody Mary*, señora... Pero si prefiere otra cosa? *(Luisa se sirve.)*

GARCÍA.– ¡A mí, un tinto! ¡Un tinto común y corriente!

CONRADO.– ¿Qué prefiere? ¿Un Mosela, o más bien una selección seca?

GARCÍA.– Me da lo mismo. Lo importante es echarse algo al buche, ¿no?

CARLA.– *(Divirtiéndose.)* ¿Ah, sí, eh?... A ver... Yo quiero un... ¡Romané! ¡Oh, no! Más bien, tráigame un *Chateaux-neuf du Pape*! *(A los demás.)* ¡Lo probé una vez, y jamás lo olvidé! Me muero de ganas de volver a probarlo!

CONRADO.– *(Imperturbable.) Chateaux-neuf*, ¿de qué año señora?

CARLA.– *(A los otros riendo.)* Bueno... ¡Del 63! ¡Sí, del 63!

CONRADO.– Se buscará señora. El señor Leonardo guarda de todo en sus bodegas... Estoy seguro que podremos complacerla. *(Termina de servir a los otros y se retira, con la misma inconmovible seriedad con que entró.)*

SERGETTI.– ¡Vaya el tipo!

GOLDBERG.– *(A Carla, tratando de ser gracioso; imita.)* "¿De qué año, señora?".

LUISA.– Les apuesto que es el dueño de Leonardo. Esta clase de tipos siempre terminan por apoderarse de sus amos...

GOLDBERG.– *(Repite; ahora con una cabriola torpe.)* "¿De qué año señora?".

SERRANO-SOLER.– *(A Carla.)* Lo que yo me pregunto es, que harás si el tipo, realmente, te trae el vino?

CARLA.– ¡Tendré que tragármelo! *(Todos ríen.)*

SERGETTI.– Bueno, lo que yo me pregunto es otra cosa: ¿en qué lugar hemos caído?

SERRANO-SOLER.– ¿Qué quieres decir?

SERGETTI.– Un lugar la mar de insólito, si me preguntan mi opinión.

LUISA.– ¿Por qué dices eso?

SERGETTI.– La ubicación de la casa. ¿No les parece extraño, tener que atravesar un pantano para llegar a ella? ¿Después de recorrer toda una eternidad,

pinares y playas abandonadas?... ¿Quién se construiría su casa en un lugar tan inhóspito?

LUISA.– *(Riendo.)* ¡Frankenstein!... ¡Nos reúne, para asustarnos, o tal vez freírnos en la gran sartén que oculta en el sótano tenebroso de la casa, para condenación de los pecadores! *(Risas de algunos.)*

SERGETTI.– ¡Te juro que cuando vi surgir la casa, de entre la niebla, me dio un escalofrío!

LUISA.– *(Siempre divertida, a Serrano-Soler, ahora.)* ¿Tú te sientes "pecador", querido? Tú con tu historia de adulterios y desenfrenos. *(Todos ríen nerviosamente.)* ¡Ya lo tienes, entonces! ¡Frankenstein te hará hervir, esta noche, en aceite de coco hirviente, por saltar la Banca y la Bolsa, querido! ¿No dicen que sobornar funcionarios públicos, se paga con el infierno?

SERRANO-SOLER.– *(Medio halagado.)* ¡Oh, cállate!

EMILIA.– Lo que más me inquieta es la pobreza. *(Todos la miran.)* ¿Por qué tenía que hacernos cruzar esos barrios para llegar aquí? ¡Esos niños, Dios mío! ¡Les juro que vi un grupo de ellos comiéndose las tripas de un perro muerto! *(Murmullo de desaprobación en el grupo.)*

GARCÍA.– ¡Oh, vamos mujer!

EMILIA.– ¡Los vi! ¡Los vi! ¡Sólo que ustedes no querían mirar! ¡Cuando esas mujeres se acercaron a los coches, con sus manos extendidas, ustedes miraron hacia el otro lado! ¡Los vi! ¡No pueden ignorar lo que hay!

SERRANO-SOLER.– *(A García.)* ¡Haga callar a su mujer, García! ¡Qué cosa de mal gusto traer eso a colación! *(Javier que ha seguido deambulando por la sala, ha pulsado un contacto del gran equipo musical que se oculta en un mueble y surge una música de baile. Sergetti toma a Cintia y ambos giran por la sala, en tanto se besan, en un jugueteo sensual. A poco, Serrano-Soler también toma a Luisa y bailan.)*

CARLA.– Lo que yo me pregunto es, ¿qué podría haber de sorprendente en un tipo como Leonardo? De lo más encantador y corriente, diría yo.

GARCÍA.– Pero es un tipo muy extraño, eso no lo puede negar.

EMILIA.– ¿Por qué dices eso, si nadie lo conoce?

GARCÍA.– ¿Cómo es eso, que nadie lo conoce?

EMILIA.– Nadie. Se presentó esta noche en la casa de los Margulis, y dijo que se llamaba Leonardo. ¿Leonardo, qué? *(A Carla.)* ¿Lo conoces tú? *(A Luisa.)* ¿O tú? *(A Teresa.)* ¿O usted?

SERGETTI.– *(Bailando.)* Es verdad. ¿Quién lo invitó a la fiesta?

LUISA.– *(Bailando; a todos.)* ¿Y eso qué importa? ¡Ya ven, llegó y dejó su huella! ¡A mí me parece un tipo fascinante! ¡En un momento me llevó aparte, nos sentamos en una jardinera, y me contó que volvía de la India, de un viaje en busca de los misterios de la Diosa Irguz!

SERGETTI.– ¿Y esa quién es?

MARIO.– ¡La Diosa, a quien en verano le crecen las plumas, y en invierno, escamas! ¡La Diosa del remordimiento! *(Otro breve silencio.)*

EMILIA.– ¡Inés Margulis me dijo que era millonario!

SERRANO-SOLER.– ¿Y quién no lo es hoy en día, Dios mío?... ¡Hoy es casi de mal tono no serlo!

SERGETTI.– ¿Millonario de qué? Uno es millonario de algo, ¿no?

EMILIA.– No lo sé. ¡Ella simplemente me dijo eso: que era millonario!
SERGETTI.– ¡Un término genérico, hoy en día!
SERRANO-SOLER.– *(Siempre bailando; a García.)* ¡A lo mejor, ahí tienes un cliente para una de las propiedades de tu condominio, García! ¡Me pareció lo bastante buen hombre, como para dejarse enganchar en eso! *(Ríe.)*
EMILIA.– ¡No te rías de eso! ¡Julián trabajó hasta desplomarse en ese proyecto! ¡Se merece la fortuna que hay en esa idea!
SERRANO-SOLER.– ¡Apuesto que sí! ¡Apuesto que sí! ¡Solares castellanos en una arena!... ¡Dios mío, hay que tener la cara dura!
EMILIA.– ¡Tú mejor te callas, con tus pesqueras de papel! *(García procura callarla con un gesto.)* ¡Tú! ¿No me dijiste lo mismo que todo eso no era otra cosa que un gran fraude? *(Luisa, ante el tono agresivo que va tomando el debate, interviene.)*
LUISA.– ¡En suma, ahí lo tienen! ¡Leonardo, un misterio fascinante! ¡Gasta su dinero, incluso, en entretener a extraños! ¿Qué hay de malo en eso?
SERGETTI.– ¡Como el gran Gatsby!
CARLA.– ¡Sí, Scott Fitzgerald, aunque menos concreto! *(Entra Conrado con una sola copa en una bandeja de plata. Cruza hacia Carla.)*
CONRADO.– *(A ella.)* ¡*Chateaux-neuf de Pape* 1963, señora! ¿Alguna otra cosa? *(Murmullo en la sala. Toda acción de la sala se detiene. Carla toma la copa.)* Increíble piensa usted, ¿no? Nada de increíble para el señor Leonardo. *(A todos.)* Y hay algo más: no tienen por qué quedar reducidos a moverse sólo en esta sala, señores. Hay en casa otras habitaciones que serán de su agrado: una sala de lecturas; varias de juegos; gimnasio, si lo desean; una piscina interior y otra en la terraza... Hay también una sala de teatro. El señor lo llama así, donde encontrarán vestuarios, disfraces, máscaras, a vuestra fantasía... Lo importante es que, por ningún motivo, los asalte el tedio. Aburrimiento es una palabra odiosa para mi señor. *(Va a salir, pero se vuelve.)* ¡Ah, y otra cosa! El señor les ruega moverse sólo en los espacios que les he señalado. Más allá, es tierra de nadie, que él no controla. *(Muestra la cuerda de felpa gránate que cuelga.)* Cualquier cosa que deseen, no hay más que tirar de esta cuerda... Se tratará de complacerles en el acto. *(Va a salir.)*
SERRANO-SOLER.– *(Grita tras él.)* ¡Eh, hombre!
CONRADO.– *(Volviéndose.)* ¿Decía, el señor?
SERRANO-SOLER.– ¿Y Leonardo?
CONRADO.– ¿Qué hay con él, señor?
SERRANO-SOLER.– Bueno, ¿cuándo bajará? Porque supongo que está en casa, ¿no?
CONRADO.– Supone usted mal, señor. El señor Leonardo ruega que le dispensen. Tuvo que salir a una diligencia urgente. Están en su casa. *(Sale. Pausa.)*
GARCÍA.– Bueno, ¿qué les parece? ¡En sorpresas, ésta es, sin duda, la mayor! ¡Nos invita a su casa, y luego nos deja en la estacada!
SERRANO-SOLER.– ¡Yo me voy! *(Inicia su marcha hacia la gran puerta de salida.)*
LUISA.– ¡No, espera! ¿Para qué apresurar las cosas? Esto puede resultar de lo más exótico, ¿no creen? Una casa llena de atracciones y el dueño ausente... Siempre me ha fascinado expedicionar por mansiones abandonadas. ¡Quizás que monstruos nos asalten desde viejos baúles polvorientos!
SERGETTI.– Extravagante, sin duda.

SERRANO-SOLER.– ¡Pero molesto!

SERGETTI.– Diría que es casi como si nos sometieran a un estado de sitio, no?

CINTIA.– *(Apretándose contra él.)* Ahora sólo nos queda sacar el mejor partido de esto. *(Melosa.)* ¿Nos posesionamos del "espacio a que quedamos reducidos", mi amor? *(Vuelven a su baile íntimo, sensual. Cintia le besa lánguidamente en cuello y cara.)*

SERGETTI.– *(A los otros.)* ¿Quién se puede negar a la tentación de una noche novedosa? *(Luisa toma a Serrano-Soler y lo retorna al baile.)*

SERRANO-SOLER.– ¿Y quién dice que lo será?

LUISA.– Eso depende enteramente de nosotros, querido... Como todo en la vida. *(Bailan. Javier que ha estado rondando en torno a las parejas bailantes, va y corta la música abruptamente, y va a sentarse con taimada irritación. Todos captan brevemente el gesto. Luego Cintia toma a Sergetti de la mano.)*

CINTIA.– *(Con vivacidad.)* ¡Bueno! ¡Encabezo la expedición! ¿Quién me acompaña? ¡Los invito a explorar el Amazonas! *(Arrastra a Sergetti de la mano, que la sigue dócilmente. Carla la alcanza, la enlaza de la cintura.)*

CARLA.– ¡Sí, vamos! ¡Yo les sirvo de lazarillo! *(Las sigue Goldberg, a quien enlaza de un brazo Emilia.)*

GOLDBERG.– ¡Sí! ¡Desentrañemos el misterio!... ¡Apuesto que encontramos arañas y víboras venenosas!

EMILIA.– ¡Sí! ¡Me encanta el misterio!

GOLDBERG.– ¡Cajitas y baúles secretos! ¡Apuesto que la casa está llena de túneles y pasos escondidos! *(El grupo sale con bulliciosa y alegre vivacidad. Los sigue Serrano-Soler y Luisa, besándose. Sólo quedan en la sala Javier, Mario, Teresa y García.)*

GARCÍA.– *(A Teresa, que permanece inmóvil, incómoda, en el extremo del sofá, en que se ha arrinconado.)* Y usted, ¿no va?... ¿No siente curiosidad?

TERESA.– No, estoy bien así... Le tengo horror a lo desconocido... *(García va a sentarse más cerca de ella. La observa con posesiva impertinencia.)*

GARCÍA.– Eso depende con quién lo comparta, ¿no? Yo podría protegerla... *(Mira a Mario, que lo observa desde el sofá, buscando su complicidad.)*

MARIO.– *(A los otros, pero dirigiéndose a Javier, en verdad.)* Sí, ante lo desconocido, están los tímidos, y los irresolutos... *(Por Javier.)* Aquí, nuestro amigo no ha dejado de explorar con la vista todo lo que se nos ofrece... Y no ha tocado nada! Lo vengo observando. Daría mi cabeza que es de aquellos que nunca... tocan nada. *(Pausa.)* En el auto, ponía la cabeza al viento, como queriendo que se llevara sus sueños, sus... anhelos. *(A los otros.)* ¡Pero está bien, así! Hay un atractivo especial en quienes se reservan para sí, en autos decapotados... *(Javier no resiste más el asedio. Se levanta bruscamente y sale. Breve pausa embarazosa.)*

GARCÍA.– Bueno, no hay duda que "alguien" se ha molestado por sus observaciones.

MARIO.– *(Levantándose.)* Naturalezas frágiles, nada más. *(Ríe.)* Pero no hay duda que me han hecho un desaire, ¿no? ¿Habrá sospechado ángulos más interesantes, en otra parte de la casa? *(Sale. Quedan solos Teresa y García.)*

GARCÍA.– *(Por Mario, saliendo.)* A la caza del venado! *(Ríe.)* ¿Le cabe alguna duda? *(Teresa no responde. Mantiene un aire reticente.)* Oí que era... Instrumentista... Un instrumento... No me acuerdo cuál.

TERESA.– Cello...
GARCÍA.– Y, ¿le gusta hacer eso?
TERESA.– Lo hago para tranquilizar los fantasmas de mi familia.
GARCÍA.– ¿Cómo así?
TERESA.– Abuelo, bisabuelo y padre músicos... ¿Qué más se podía esperar de mí?
GARCÍA.– Bueno, pero le gusta, ¿supongo?
TERESA.– Toco y mi madre goza. ¿Ha visto alguna vez a una persona comerse toda una caja de chocolates finos, mientras alguien le toca un solo de Frecobaldi? Mi madre lo hace. Tanto goza.
GARCÍA.– Por el tono con que lo dice, parece que no gozara con lo que hace. A mí me parece fundamental, hacer lo que a uno le plazca. Yo por ejemplo: soy comerciante, gano plata, mucha plata... Lo confieso. Y gozo haciéndolo. ¿Para qué negarlo?
TERESA.– Feliz usted. *(Pausa levemente incómoda.)*
GARCÍA.– Y, ¿tiene manos para eso? *(Procura tomárselas.)* ¡A ver, déjeme verlas! *(Teresa las retira bruscamente.)* Me parece que es demasiado joven para eso.
TERESA.– *(Mirándolo fijamente, por primera vez.)* ¿Para qué?
GARCÍA.– Pues, para... tocar el cello.
TERESA.– *(Siempre mirándolo con persistente impertinencia.)* Y usted piensa que debería estar haciendo otras cosas, supongo, no?
GARCÍA.– Sí... ¿Y por qué no?
TERESA.– ¿Como qué? ¿Como qué, le pregunto? ¿Como tirarme, ahora mismo, al cuello de un comerciante fofo, que no hace otra cosa que mirarme el escote, a espaldas de su mujer? Ya sueña con una noche de amor pasional, ¿mmh?
GARCÍA.– *(Recuperándose.)* Es impertinente, ¿eh?
TERESA.– Sólo con los que me miran el escote. *(Se desabrocha la blusa.)* ¿Quiere ver lo que escondo? *(García procura tomarla de los hombros.)*
GARCÍA.– Vamos, no lo tome así...
TERESA.– *(Con los dientes aprestados.)* ¡Suélteme!... ¡No me toque! *(Afuera se escuchan ladrar los perros, furiosamente. Le siguen unos disparos lejanos. García se levanta, asustado. Desde el interior de la casa acude Conrado. Cruza la puerta de entrada. La abre y mira afuera. García se le acerca.)*
GARCÍA.– ¿Que pasa?
CONRADO.– Disparos, señor.
GARCÍA.– Ya sé que son disparos, pero... ¿de quién?
CONRADO.– La región ha estado sometida, últimamente, a una gran agitación, señor... Gente que se mueve en los bosques...
GARCÍA.– ¿Gente? ¿Qué gente?
CONRADO.– Iré a ver, señor. Hace dos días sacaron a un hombre de entre las cañas del río. Tenía una perforación de bala, en medio de la frente... *(Sale. Acuden Emilia, Cintia y Serrano-Soler.)*
SERRANO-SOLER.– ¿Y eso qué fue?
GARCÍA.– El tipo, el mayordomo... Salió a ver. Dice que hace dos días, sacaron a un muerto de entre las cañas del río...
SERRANO-SOLER.– ¿Quién? ¿Quién fue?
GARCÍA.– ¿Y yo qué puedo saber? Dice que son gente que viene avanzando desde los bosques.

EMILIA.– *(A García.)* ¡Debe ser esa gente harapienta de la población por donde pasamos, Julián!

GARCÍA.– ¡Oh, cállate, mujer! *(Regresa Conrado.)*

SERRANO-SOLER.– *(A él de inmediato.)* ¿Y? ¿Qué fue? ¿Qué pasa?

CONRADO.– Estoy investigando, señor... *(Quiere pasar al interior de la casa. Lo detiene la voz de Serrano-Soler.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Espero que no pasemos ningún peligro, hombre! ¡Después de todo hay mujeres en el grupo!

Conrado.– La casa está bien alejada de todo, señor. Y como usted dice, habiendo mujeres en el grupo, mi patrón no los invitaría aquí, si hubiera algún cuidado. *(Sale.)*

SERRANO-SOLER.– Bueno, al menos encierre esas bestias, hombre! Le ponen a uno, la carne de gallina, con sus ladridos! *(Entran Carla y Luisa. Luisa lleva puesto un elegante vestido victoriano y Carla un Pierrot.)*

LUISA.– *(A Serrano-Soler.)* ¡Mira esto! "Gutuso", tenía razón! Hay baúles y baúles, llenos de estas cosas! Armarios que rebosan de trajes y disfraces! Parece un guardarropía de teatro!

CINTIA.– A mí me parece más bien un tipo siniestro!

SERRANO-SOLER.– *(A Luisa.)* ¿No oíste los disparos?

LUISA.– ¿Disparos? ¿Qué disparos?

EMILIA.– ¡Guerrilleros! ¡Estamos rodeados de guerrilleros!

GARCÍA.– ¿Quién dice eso mujer? *(Se escuchan más disparos distantes. Todos se mueven hacia las ventanas. Miran afuera.)*

EMILIA.– *(Señalando.)* ¡Miren a esa mujer en la playa! ... con esos niños! Parece una institutriz con sus pupilos... ¡y miren cómo corren! Parecen estar huyendo de algo!

GARCÍA.– ¡Y miren a esos tipos, con sombrillas de colores! ¿Qué es lo que visten?

SERRANO-SOLER.– Uniformes...

GARCÍA.– ¿De dónde salieron? ¡Parecen estar escondiéndose de algo! El que corre adelante, lleva como un estandarte, ¿ven?... ¡con cintas de colores!

EMILIA.– ¡No, más bien parece como ropa desgarrada! *(A todos, con alarma.)* ¿Quiénes son? ¡Miren! ¿A quién arrastran por la arena?

GARCÍA.– ¡No arrastran nada, mujer! ¡No hay nada! ¡No veas lo que no hay! *(De pronto aparece Goldberg, salta adelante vistiendo un traje de espadachín de la reina. De dos saltos llega donde el grupo reunido, amenazando con una espada de utilería.)*

GOLDBERG.– ¡Bam! ¡Bam! Bam *(Riendo "ensarta" a García, que rechaza el ataque con un gesto de fastidio. Luego Goldberg hace lo mismo con Emilia, que se encoge,* asustada.)

GOLDBERG.– ¡Jaque a la Reina! *(Luego una genuflexión elegante ante ella.)* ¡Mi espada al servicio de mi dama!

GARCÍA.– ¡Vamos, hombre! ¡No hagas tonterías!

GOLDBERG.– *(Dos o tres estocadas más.)* ¡Humor! ¡Humor! ¡Humor!... ¡Aquí, lo que hace falta es humor!... ¡Este Leonardo me parece un tipo de humor! ¡Comienza a gustarme! ¡Me siento como un joven de veinte! *(Sale riendo y brincando con su espada, tal como entró.)*

GARCÍA.– ¡Payaso! ¡Tipo desagradable!
SERRANO-SOLER.– Después de todo es judío. Se distinguen por eso: por no saber en qué posición ponerse, ni cuándo ser discretos.
LUISA.– A mí me parece que quiere divertirse, y es legítimo que lo haga. ¡No nos convirtamos todos en "gutusos", eh!
SERRANO-SOLER.– *(A ella, con repentina irritabilidad.)* ¡Anda! ¡Sácate eso! ¡Nadie te ha dado permiso para ponértelo!
LUISA.– *(Dueña de él.)* ¡Si me lo ordenas así, me muero con esto puesto!
SERRANO-SOLER.– *(Complaciente.)* ¡Vamos! ¡Anda ya! Anda hacer lo que te ordenen. *(Se besan. Hay entre ellos una breve y sensual comunicación.)* Te ves soberbia con eso puesto... *(Sale Carla. Teresa en tanto, reaccionando al temor se ha dejado caer sobre un sofá saca espejo de su cartera y comienza a depilarse las cejas con una pinza, nerviosamente, Cintia la observa y va a sentarse a su lado. después de un rato de mirarla con tierna simpatia, le pasa suavemente el dorso de su mano por la mejilla.)*
CINTIA.– ¡Suave!... ¡Tan suave! *(Teresa la deja hacer por un breve momento. Luego se levanta y sale. La sigue Cintia. Se escuchan más disparos. Serrano-Soler se mueve nerviosamente hacia la gran puerta. Quiere salir pero se detiene.)*
SERGETTI.– *(A García.)* ¡Deberían parar a esa gente! ¡Uno ya no está seguro en ninguna parte! ¡Ya, ni siquiera en un inocente paseo al campo se siente uno seguro! ¡Todo se vuelve pura agitación y amenazas! ¡Una autoridad firme, eso hace falta! *(Sale. Lo va a seguir García, pero Emilia lo retiene de un brazo.)*
EMILIA.– ¡Julián!
GARCÍA.– *(Molesto.)* ¿Sí?
EMILIA.– ¿Está bien lo que estamos haciendo?
GARCÍA.– ¿Qué cosa?
EMILIA.– ¿Estar aquí?
GARCÍA.– ¡Oh Dios! ¿Ya vas a comenzar de nuevo, con esas cosas?
EMILIA.– ¡Las fiestas, Julián! ¡Nunca paramos en casa! ¡Nuestra vida se ha vuelto una continua parranda!... Inventas razones para no estar en casa...
GARCÍA.– ¡Tonterías!
EMILIA.– ¡Quiero irme, Julián! ¡Estar con los niños!
GARCÍA.– ¿Y qué quieres que haga? ¿Irme, ahora, cuando fuimos invitados? ¿Hacerle un desaire al tipo?
EMILIA.– *(Gimiendo.)* ¡Yo nunca quise venir! ¡Fuiste tú, que me arrastraste!
GARCÍA.– ¡Oh, Dios mío!
EMILIA.– ¡No me gusta este lugar! ¡Hay en el aire un olor a mal agüero, Julián!
GARCÍA.– *(Zafándose de sus manos.)* ¡Déjame, estúpida! *(Sale García. Carla y Mario, que vienen entrando, han visto el final de la escena. Emilia sale también, a regañadientes, afligida.)*
EMILIA.– ¡Julián! ¡Espera!... ¡Espera!
CARLA.– *(Mirándoles salir.)* Parece que interrumpimos un "idilio de amor", ¿mmh?
MARIO.– *(Burlón.)* ¡Querellas doctrinarias de la vida matrimonial, querida! Esos dos hace rato que me parecen desconectados. Ella adopta un permanente, y sospechoso aire de mendiga sentimental, y él, tratando de zafarse de la asfixia... *(Ambos se sientan en el sofá.)*

CARLA.– Con lo cual, ella se parece vivamente a alguien que conozco...
MARIO.– ¿Qué quieres decir, víbora?
CARLA.– Pequeños galanteos en que volví a sorprender a un amigo...
MARIO.– ¿Volví?
CARLA.– ¡Volví! Y con lo cuál te estás volviendo terriblemente previsible y repetitivo, amigo...
MARIO.– *(Riendo.)* ¡Oh, Dios! ¡Qué mentes más pecaminosas! ¿Te refieres al joven Werther? A ése, que anda rozando cosas con la punta de sus dedos?
CARLA.– ¡Ese... Vamos, déjalo que se ubique primero! ¡Déjalo que respire! ¡No te descubras tan rápido!... ¡Es de mal gusto, además que te deja vulnerable... Tan vulnerable!
MARIO.– ¿Qué puedo hacer en contra de mis ansiedades? Porque no me digas que no lo encuentras... prometedor, ¿mmh?
CARLA.– No está mal, supongo. Un poco demasiado frágil, para mi gusto. Con seres como ésos, uno siempre tiene que andar con telemplásticas y yeso a mano... Para las quebraduras.
MARIO.– Tal vez es eso lo que me provoca... *(Le acaricia ambas manos.)* Y pasando a otra cosa... ¿Viste cómo escarban en los baúles?
CARLA.– Con ansiedad de termitas, querido.
MARIO.– Pero parece que vamos a divertirnos, los dos, no crees?
CARLA.– ¿En esta compañía tan... febril?
MARIO.– Te llevé a casa de los Margulis, garantizándote que te ibas a divertir. No puedes decir que, hasta ahora, no he cumplido mi palabra
CARLA.– En la cual no estaba contemplada, sin embargo, esta "excursión a lo desconocido".
MARIO.– No, claro que no. Pero es doble fiesta, ya verás... En menos que lo esperes, te salen dragones verdes de estos muros... ¿Puedo ofrecerte algo más novedoso? *(Carla se levanta y se pasea, impaciente.)*
CARLA.– ¡Oh, novedoso!... ¡Me cansa estar buscando siempre "lo novedoso"!... ¿Por qué no seremos felices de comernos, simplemente, una manzana?... ¡A ratos quisiera ser monja; simplemente eso: una monja, y enamorarme locamente de Jesucristo! ¿Por qué no podrá ser?... ¡Oh, Dios mío, qué cansancio! ¡Andar de tumbo en tumbo, de fiesta en fiesta! ¿Qué es lo que buscamos? *(Pausa.)* ¡Abandoné a Jorge, porque un día se me hizo insoportable el olor de su pasta de dientes! ¡Llegué a saber, exactamente cuando iba a estornudar, y no pude más! Le rompí el alma a ese hombre, ¿y qué he hecho desde entonces?... Ir contigo de una fiesta en otra, un homosexual que no puede con sus pobres huesos, y... *(Pausa de pronto, arrebatadoramente.)* ¿A quién flecharé aquí? ¡Dime que flecharé a alguien locamente! ¡Dime que alguien se enamorará de mí locamente, y nos iremos de aquí en un viaje, en una alfombra! ¡Dime eso!
Mario.– Frankenstein... En persona. ¡Él se enamorará de ti! *(Ríe.)*
CARLA.– ¡Oh, eres insoportable!
MARIO.– ¡Dime que no sería toda una experiencia! ¡Leonardo enamorado de ti! ¿Qué te parecería eso?... Besar gárgolas verdes, a la sombra de estos muros húmedos, bajo el aullido siniestro del viento ¿Mmh?... ¿Dime que no sería toda una novedad?

CARLA.– Contigo ni siquiera se puede... llorar.

MARIO.– Sin embargo, es intrigante, ¿no te parece? Aquí, hay algo podrido en Dinamarca, ¿no crees?... Algo se trama... Lo huelo... Y la gente anda agitada, por eso escarban tanto... *(Regresa Teresa, trae un gran álbum de fotografías. Se instala a mirarlo junto a ella.)* ¿Dónde están los otros? *(Teresa no responde. Mirada de entendimiento entre Carla y Mario. Ambos ven como también entra Javier, con un gran libro, que se instala a hojear en otro sillón. Carla toma a Mario de la mano.)*

CARLA.– Vamos querido... Esto no parece un lugar para contemplativos. Te invito a escarbar... *(Salen del brazo. Javier y Teresa permanecen un rato sumidos en sus contemplaciones respectivas. El silencio, entre ambos, se hace pesado.)*

JAVIER.– *(Después de un rato.)* ¿Qué estás mirando?

TERESA.– Leonardo en Finlandia. *(Le muestra una foto del álbum, a la distancia.)* ¿Ves?... Junto a un monasterio ortodoxo...

JAVIER.– ¿Y por qué crees que es Finlandia?

TERESA.– ¿Por las capillas de madera y los bosques de abedules, ves?

JAVIER.– Podría ser Rusia. También en Rusia hay capillas de madera y bosques de abedules.

TERESA.– Sí, pero yo quiero que sea Finlandia. *(Silencio. Otra breve pausa incómoda. Luego.)* Siempre he querido mucho a Finlandia... Debe ser por las distancias, y mucho espacio azul... Yo quiero las distancias... Quiero a Finlandia...

JAVIER.– Sueñas despierta... *(Silencio. Javier retorna a su lectura, pero lo alertan las palabras inapropiadas de Teresa.)*

TERESA.– Amo las lejanías... Pienso que, allá, todo se realiza, siempre... A lo lejos, todo debe ser verdad... Aquí, todo es violencia y mentira... Mira esta noche... ¿No te parece aquí, violento?... Nadie se quiere aquí... Todos sospechan de todo, y se andan robando... *(Javier, en un impulso, va a sentarse junto a ella.)* ¿Por qué te sientas junto a mí?

JAVIER.– Por que me gustas... *(Vuelven a la lectura.)*

TERESA.– *(Señalando el álbum.)* Mira a Leonardo, vestido de pescador de atunes...

JAVIER.– ¿Por qué "pescador de atunes"?

TERESA.– Por que yo quiero que sea eso: pescador de atunes... *(Súbitamente.)* ¿Crees que nos moriremos?

JAVIER.– ¿Dónde?... ¿Cuándo?

TERESA.– Aquí. *(Javier no responde.)* Yo creo que sí... Creo que estamos aquí para morirnos de una manera violenta, atroz... Despedazados por fauces de perros furiosos... El gordo ese, el comerciante grasoso, tiene sudor a muerte... ¿No lo hueles? *(Le toma súbitamente las manos.)* ¡Yo amo a la vida! ¡La vida, la vida, la vida!... Creo que en el futuro, nos esperan grandes cosas... ¿No crees eso? *(Desalentada.)* ¡No!... ¡No lo crees!... ¡Yo tampoco!... ¡Odio a Finlandia! *(Se escuchan risas apagadas y aparece Cintia, en traje de baño, una tanga estrecha, seguida por Sergetti, que trata de agarrarla.)*

CINTIA.– ¡No! ¡Ya, tonto, déjame! *(Sergetti le da alcance y la abraza lujuriosamente.)* ¡No. ¡Déjame! ¡Suéltame!... ¡Sátiro! *(Salen, riendo, persiguiéndose.)* ¡Sátiro!... ¡Sátiro! *(Entra Luisa, con una copa en la mano.)*

LUISA.– *(A Teresa y Javier, que miran.)* ¡Se han vuelto locos! ¡Bañarse en una noche así!... ¡Yo no puedo! Tengo que estar viendo el agua, porque si no, creo que me sale un monstruo negro y viscoso, que me abraza. ¡De noche, el agua está llena de amenazas! *(Tras ella entra Serrano-Soler, que se ha sacado la chaqueta. Está despeinado y en mangas de camisa. También trae una copa. Se acerca excitado a Luisa.)*

SERRANO-SOLER.– ¿Por qué me rehuyes?... ¿Qué te pasa?... ¡No voy a estar toda la noche tras ti, cazándote! *(Luisa se le escapa, riendo, incitándolo.)*

LUISA.– ¡Yo no te rehuyo! ¿Quién dice eso?... ¡Simplemente, te dejo un rastro, para que me huelas y me persigas! *(Huye de él, de nuevo.)* Como una cervatilla... ¡Te ves tan cómico, excitado! *(Serrano-Soler logra darle alcance. La toma de la cintura.)*

SERRANO-SOLER.– ¿Cuáles son tus planes? A ver, ¿cuáles son tus planes, mh?

LUISA.– ¿Yo? ¿"Planes"?... ¡Uy, pero qué ridículo! ¡Qué simpleza! *(Serrano-Soler le agarra la cara.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Vamos, mírame!... ¡Quiero ver tu cara! *(Después de un leve forcejeo, en que Luisa no deja de reír, ella opta por mostrarle el rostro, francamente.)*

LUISA.– ¡Aquí la tienes! Fea y plana, ¿ves?... Una nariz inmensa, un orzuelo naciente bajo un ojo, y una boca desabrida, ¿ves?

SERRANO-SOLER.– Si hubiera sabido que te ibas a comportar de esta manera ante los demás, no te llevo donde los Margulis!

LUISA.– ¡Uy, tamaño espanto! *(Se le vuelve a escabullir.)* ¡Creo que es al contrario, mi amor! ¡Creo que mis desaires alimentan tu orgullo! *(Desde más lejos.)* ¡Porque sabes que nuestro amor está hecho de tu vanidad y mi incoherencia! *(Huye de él con una risa cristalina.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Te ahogaré en esa piscina!

LUISA.– ¡Al contrario, mi amor! ¡Me ahogarás cuando deje de jugar contigo! *(Él le da caza. La agarra firmemente.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Ven, vamos! ¡Dame un beso!

LUISA.– ¿Así? ¿A la fuerza?

SERRANO-SOLER.– ¡Así!

LUISA.– ¿Y qué me das tú, a cambio?... ¿Un matrimonio? *(Ríe hasta más no poder. Él procura besarla. Ella rehuye.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Vamos, dame!... *(Se besan, al fin, furiosamente. Gesto en que él olvida todo decoro y la arrastra hacia uno de los sillones.)*

LUISA.– *(Riendo.)* ¡Mi beso por un matrimonio! ¡Mi reino por un caballo! *(Luisa logra zafarse de nuevo. A Javier y Teresa, que han mirado toda la escena.)* ¡Ustedes son mis testigos! Lo dijo, ¿no?... ¡Mi beso por un caballo!... Dijo que iría a casarse conmigo, ¿no?... ¡Lo dijo!... ¡Ustedes lo oyeron! *(Sale riendo. Serrano-Soler, tras ella, frustrado, despeinado, excitado, metiéndose la camisa en el pantalón. De pronto, una explosión lejana, que estremece la casa. Acuden Emilia, con una sombrilla de playa de colores vivos; Goldberg, siempre de espadachín de la reina; Mario, con una máscara, y García con una corneta de utilería.)*

EMILIA.– *(Entrando asustada.)* ¿Qué fue eso? *(Junto a ella aparece Conrado, desplazándose hacia la gran puerta de entrada.)*

CONRADO.– ¡Iré a averiguar qué pasó! *(Se les acerca Serrano-Soler, abrazando a Luisa. Conrado sale por la puerta.)*

EMILIA.– ¡Parecía una explosión!

SERRANO-SOLER.– ¡Esos malditos mete-boches! *(Entra Cintia, siempre en traje de baño, pero cubriéndose, ahora, con una salida de baño. Todos se agolpan junto a la gran puerta.)*

GARCÍA.– Comienzo a encontrar todo esto de lo más insólito, para decir lo menos... Invitados a su casa por un extraño, nos encontramos aquí, matando el tiempo en tonterías, todo porque nuestro anfitrión ha decidido abandonarnos.

SERRANO-SOLER.– Un gesto que destacaría por su mala educación.

GARCÍA.– *(A todos.)* ¿Y por qué estamos aquí? ¿Se lo han preguntado?

CINTIA.– *(Lánguidamente.)* Lo estamos esperando, ¿no?

LUISA.– Sí, y picados un poco por la curiosidad, ¿no? Siempre pensé que nuestra venida, aquí, encerraba un pronóstico...

GARCÍA.– ¿Pronóstico de qué, le puedo preguntar?

LUISA.– De lo inevitable; ¿le parece poco?... Nos sacaron a todos, como por encantamiento de la fiesta de los Margulis, y aquí estamos, ¿no? ¿Pudimos evitarlo?

SERRANO-SOLER.– Pude irme a dormir a mi casa...

LUISA.– Pero no lo hiciste... ¿No te hace pensar eso? *(Se produce un breve silencio cargando de ominoso presagio, que quiebra Garcia, al fin.)*

GARCÍA.– Bueno, yo tengo que hacer ¡No tengo tiempo que perder en "pronósticos"! Yo me largo. *(Por el libro en sus manos.)* Iré a devolver esto. *(Lee el título.)* "Los viajes de Marco Polo"... ¡Qué tontería! *(A Emilia.)* ¡Vamos! *(Se moviliza hacia el interior. Emilia lo sigue.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Yo también me voy! ¡A mal educado, mal educado y medio! *(A Luisa.)* ¿Vamos?... Aquí, ya no tenemos nada que hacer! *(Se mueve, pero detiene su marcha ante la entrada de Carla y Sergetti que vienen cargando una caja de cartón.)*

CARLA.– ¡Miren lo que encontramos! *(Saca de la caja una estola de piel y la exhibe.)* ¡De mi hermana Cristina! ¡Es inconfundible! ¡No podría equivocarme! ¡La compramos, juntas en París, durante nuestro último viaje! ¡Tiene la marca del peletero, ven! *(Sergetti saca un vistoso vestón, de color salmón.)*

SERGETTI.– ¡Y esto es de Argomedo! ¡El doctor Argomedo! ¡Nadie llevaría un vestón así, sino él! *(Todos se han agolpado junto a la caja. Emilia saca un tapado de seda azul.)*

EMILIA.– ¡Y esto es de Cecilia! ¡Mi prima Cecilia! Lo usó el día del matrimonio de mi sobrina Inés. *(A García; alarmada.)* ¡Julián, yo no sabía que Cecilia conocía a Leonardo!... ¡Qué significa esto! *(Breve pausa de estupefacción general.)*

SERGETTI.– Es como si todo el mundo hubiera salido huyendo... *(Todos miran.)*.. Dejando abandonadas sus ropas. *(Risa torpe, sin sentido, ante la mirada cargada de reproche de los otros.)* Tal vez un cataclismo... *(Rie. Nadie lo sigue.)*

GARCÍA.– *(A Carla.)* ¿Y dónde estaba esto? *(Por la caja.)*

CARLA.– En un desván, bajo una escala.

GOLDBERG.– *(Intempestivamente.)* ¡Metí la mano en la caja, y zas, me mordió un

caimán! *(Ríe. Nadie sigue su broma. Ladridos de perros. Todo el mundo escucha en el silencio que se cierne. Entra Conrado por la gran puerta. Se dirige al grupo.)*

CONRADO.– Lo siento, ha habido una pequeña contrariedad... Esa gente, llevada por una audacia inaudita, parece que pusieron cargas explosivas bajo el único puente que comunica con este lugar... Dicen que sólo dejaron los terraplenes de acceso...

SERRANO-SOLER.– ¿Dicen?... ¿Quién dice?

CONRADO.– Esa gente que circula... Me temo que estaremos aislados por algún tiempo, señores... Hasta que lleguen las cuadrillas de rescate, que ya se mandaron a buscar... *(Ante el rumor que cunde.)* Es una situación penosa, que hubiéramos querido evitarles, ya sé... Lo siento...

SERRANO-SOLER.– ¡Pero, esto es increíble!

CONRADO.– Comprendo, señores... Les ruego tener paciencia...

SERRANO-SOLER.– ¡Pero, yo soy un hombre ocupado, Hombre! ¡Lleno de obligaciones y responsabilidades! ¡No puedo estar aquí toda una eternidad!

CONRADO.– Lo sé, señor, ¿pero yo qué puedo hacer?... El señor Leonardo no está en casa pero, de estarlo, les diría lo mismo... *(Más rumores.)* Sólo nos queda esperar que su estada sea lo más placentera... Aquí tienen la casa; dispongan de ella... Pidan lo que se les ocurra, y se procurará complacerles... *(Retirándose.)* Por ahora, haré hervir un caldo caliente a los señores... Para pasar el mal rato, y el frío. Lo siento. *(Se retira. Todos se miran.)*

GARCÍA.– ¿Y qué les parece todo esto?

SERRANO-SOLER.– Increíble... *(Murmullo general de aprobación a eso.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

(Han pasado tres días. Es el amanecer del cuarto día. En la sala, aún en penumbras, los invitados duermen echados de cualquier manera, sobre sillones y sofás. Se cubren con mantas, partes de sus ropas, y cualquier cosa de que han echado mano.

Goldberg, con una capa de torero. Emilia, cobijada sobre Garcia, con partes de un cortinaje. Además están Sergetti, Luisa, Cintia, Teresa Y Mario. Algunas en enaguas. Ellos en camisetas, despeinados, descuidados.

Reina un desorden propio de gente que ha debido improvisarse sus lugares de sueño. No están Carla, Javier, Serrano-Soler.

En la penumbra, va surgiendo de a poco, la imagen de Leonardo, proyectada sobre el fondo de luz de los ventanales. Observa la escena. Después de un rato, se moviliza hacia los que duermen. Aleja del rostro de Teresa, la manta que la cubre, y la contempla. Arregla la capa que ha resbalado a Goldberg. Vuelve a cubrirlo, casi amorosamente. Recoje algún cojín, ordena algunos zapatos.

Está en eso cuando asoma Conrado, que entra poniéndose el chaquet. Ve a Leonardo y va a hablar, pero lo calla un gesto de él.)

LEONARDO.– ¡No! *(En voz baja.)* ¡No hables! ¡No hagas ruido! ¡Déjalos dormir un rato más! *(Conrado se le une.)* ¡Míralos! Son pacíficos, ¿no? Como si no estuvieran aquí... Como las marismas, al amanecer, cuando despierta la niebla... Como árboles, pesados de sueño... *(Pausa.)* ¡Escúchalos! ¡Escucha cómo respiran! *(Ambos escuchan.)* ¡Tan frágiles, y cansados! Como si ya los agotara la jornada que les espera... Una gran respiración elemental, como el gruñido de la tierra, ¿escuchas?... Es extraño que su sueño pueda ser tan... candoroso, y la vida que se afirman tan... violenta... Como si fuesen dos humanidades diferentes... *(Levanta la mano que cubre la cara de Luisa, Conrado de un paso adelante, alarmado.)*

CONRADO.– ¡No, señor!

LEONARDO.– Sí... Ya sé...

CONRADO.– ¡Pueden despertar en cualquier momento, y descubrirlo aquí, señor!

LEONARDO.– Sí. No debí bajar, ya sé... ¡Pero mira a esta mujer! Hermosa, ¿no?... Mira el pliegue tierno que cubre su boca, al dormir... ¿Creerías tú que aquí podría formarse una mueca? ¿Un rictus de ira, de mezquindad? *(Se agacha para besarla.)*

CONRADO.– *(Alarmado.)* ¡No, señor! ¡No haga eso! *(Leonardo la besa, sin embargo, muy suavemente. Luisa se despereza un poco, pero no despierta.)*

LEONARDO.– *(Cerrando los ojos.)* ¡Calor, Conrado! ¡Carne y calor! ¡Oh, Dios, cómo necesito eso! *(Su desazón va creciendo a medida que habla. Al final, es casi un grito.)* ¿Crees que pueda permanecer eternamente recluido en mi habitación, viéndolos llegar uno a uno, entrando y saliendo en interminable procesión, escuchando sus respiraciones, sus amores, sus sangres, conteniendo el alma gregaria que hay en mí, y ser siempre sólo eso para ellos: su anfitrión? *(Se calma.)* Voy a la deriva en un río caliente, Conrado... Lleno de sol y de ardor... ¡Y no puedo compartir! ¡Maldito destino! *(Descubre algunos otros rostros. Acaricia algunas frentes. Llega donde Sergetti. Le peina un cadejo lacio.)*

LEONARDO.– Éste es doctor, dicen... ¿Qué artesanía banal ejercitará sobre los cuerpos que se le encomiendan? ¡Te apuesto que se ha sentido mil veces

tentado en creerse Dios! *(Llega ante García.)* Y éste es un comerciante... ¿Cuántos comerciantes hemos tenido bajo nuestro techo, Conrado? ¿Qué "comercian" estos comerciantes, tan incansablemente?... ¿Amuletos contra el miedo?... Y, sin embargo, tan duros y razonables que aparecen, ¿no? Exigiendo su parte en el gran botín... *(Se encamina hacia la escala. Volviéndose.)* ¡Dales duro, Conrado! ¡Inventa tus torturas!... Yo, estaré en mi pieza, reprochándotelo, y sin embargo... ¡Gozando intensamente! *(Desde el pie de la escala. Con nueva intensidad desesperada.)* ¡Quisiera ver alguna vez que alguno de ellos rompiera su predestinación, y se pusiera a hacer cosas heroicas!... ¡Ser valiente, por ejemplo! ¡Arrojado! ¡Generoso!... ¡Salirse de su piel, y hacer cosas imprevistas!... Lo redimiría ante mis ojos, y los de Dios... *(Se detiene en su ascenso por la escala.)* ¿Crees tú eso, Conrado? ¿Que lo redimiría ante los ojos de Dios? *(Conrado no responde.)* ¡Oh, qué cansancio!... ¡Súbeme un café bien cargado, para poder soportar el día! *(Leonardo va a caminar, pero lo detiene un bullicio en la puerta de la entrada.)* ¡Ay, ahí está esa gente espantosa, otra vez! ¡Aléjalos! ¡Me espanta su bulliciosa obstinación! *(Desaparece. Conrado va hacia la puerta. La abre. De inmediato se cuelan dentro los mismos pordioseros, pero ahora acompañados de otro, que cojea. Corren hacia los dormidos, antes de que Condado pueda evitarlo, se deslizan, circulan, en torno a ellos.)*

ELLA.– ¡Uuuh! Mira. ¡Qué cuerpos! ¡Qué caderas!... ¡Y todos despatarrados! *(A él.)* ¡No te parecen arañas! *(Conrado ha ido a buscar un plumero, y los persigue.)*

CONRADO.– *(Siseando, en sordina.)* ¡Ya, fuera! ¡Salgan!

ÉL.– *(Amenazante.)* ¡Blancos! ¡Blancos, como la sal blanca!

ELLA.– ¡Desnudos! ¡Desnudos, como el halcón!

ÉL.– Duermen en verdad, ¿o sólo lo simulan?

ELLA.– ¿Sabrán lo que les espera? ¿Lo sabrán? *(Conrado ha logrado ahuyentarlos hasta la gran puerta, por la que desaparecen riendo, saltando, eludiendo los golpes del plumero. Conrado se vuelve hacia el cojo, que sale también, pasando junto a él, hablando con arrogante parsimonia, al ritmo de su cojera.)*

COJO.– ¡Me pasó encima un bus, por agarrar una manzana... ¡y ahora veo el mundo, como un cigueñal! ¡Arriba y abajo! ¡Arriba y abajo! *(Sale riendo. Tras él, sólo queda el Militar, que mira a los dormidos.)*

MILITAR.– ¡Cuerpos blancos en el palacio oscuro!... Bajaron por las montañas del Cáucaso, como manada de ovejas de cabellos rubios, y se dejaron caer a depredar el mundo occidental... Y descubrieron que del hierro se podían hacer cráneos rotos, y no se han detenido hasta ahora... *(Sale. Desde la puerta, con dignidad, sin apurarse por salir.)* Dénles una vela encendida, y construirán catedrales, en torno a ella... ¡Para adorar a sus dioses de oro! *(Desaparece antes que Conrado logre reaccionar. Este descorre los cortinajes. En la luz que irradia, comienzan a desperezarse los que duermen. Conrado sale rápidamente. Emilia despierta sobresaltada.)*

EMILIA.– ¿Qué? *(Mira aterrada a su alrededor.)* ¿Dónde estoy?... *(Desalentada luego.)* ¡Ah, esto de nuevo! *(Se incorpora y busca a García con la mirada. Lo ve. Con alivio.)* ¡Oooh! *(A Teresa, que también despierta.)* ¡Creí que se había ido!

TERESA.– ¿Quién?

EMILIA.– Mi marido... Soñé que me dejaba sola, al borde de un bosque. Sólo me quedaban dos caminos que tomar: entrar al bosque y perderme en la

negrura, o volver por el campo... Un terreno blanco, esponjoso, en que mis piernas se hundían como en un fango... ¡Me hundía y hundía! *(Suspira.)* ¡Oh, qué alivio!

TERESA.– Tiene un sueño intranquilo. La oí agitarse toda la noche...

EMILIA.– *(Sacando un espejo de su cartera y mirándose en él.)* Oh, sí... Debe ser porque soy una mujer cobarde, todo me aterra... ¡Oh, pero mira mi cara! ¡Mi pelo!... ¡Parezco un espantajo!... ¿Cuántos días estamos aquí?

TERESA.– Tres...

EMILIA.– ¡Oh, Dios mío! ¡Mi casa! ¡Mis hijos! ¿Cuándo irá a terminar esta pesadilla?... Necesito jabón, agua... Quiero lavarme... ¡No puedo estar así, con esta cara!...

TERESA.– Sí, pero no hay agua... Las explosiones volaron las cañerías... Sólo está el agua de la piscina...

EMILIA.– Oh, sí... ¿Y qué vamos a hacer? *(Saca una peineta.)* ¡Vamos, péiname, por favor!... Al menos, estemos con el pelo presentable... *(Teresa se pone a peinarla.)* Tú no tienes este problema; eres joven aún... De cualquier modo que duermas, el sueño no es tu enemigo... *(Ríe nerviosamente. Otros despiertan. Goldberg asoma su cara debajo de la capa.)*

GOLDBERG.– ¿A qué estación llegamos?... Soñé que viajábamos... *(Al desperezarse, mete los pies en la cara de García, que despierta violentamente.)*

GARCÍA.– ¿Qué?... ¿Oh, fíjese dónde mete sus patas, quiere? ¡Casi me deshace la cara!

LUISA.– *(Despertando.)* ¿Dónde estamos?

MARIO.– Bueno, Shangri-La no es... *(Todo el mundo comienza a movilizarse, desperezándose, estirándose, restregando sus ojos, menos Cintia, que no despierta. Sólo se mantiene, mirando fijamente ante ella, con los ojos abiertos inmovilizados en algún punto lejano. Sólo Luisa se da cuenta de eso.)*

LUISA.– *(Tocándola.)* ¡Eh, despierta! *(La mueve.)* ¡Despierta! *(A los otros.)* ¡Miren! ¿Qué le pasa? ¡Está como dormida, con los ojos abiertos! *(Sergetti acude junto a ella. La sacude.)*

SERGETTI.– ¡Cintia!... ¡Gata!... ¡Despierta! *(A los otros.)* No es nada. Le ha pasado otras veces... Uno de esos ataques esotéricos. *(Le acaricia la cara.)* No es nada mujer. ¡Despierta!

CINTIA.– ¡Es Belial!... ¡Vi a Belial!

SERGETTI.– Sí, pero ahora todo está tranquilo otra vez, mujer... ¡Descansa! *(Cintia se incorpora, aterrada.)*

CINTIA.– *(Grita.)* ¡Vi a Belial, te digo!... ¡Vino volando hacia mí, acompañado del murciélago blanco!

SERGETTI.– Sí, mujer cálmate... *(A los otros.)* Ve visiones, periódicamente... Pertenece a un grupo que practica magia negra... Eso afecta la mente... Se lo he advertido...

CINTIA.– Vi a Belial, te digo... *(Gimiendo.)* ¡Lo vi! ¡Lo vi! *(Sergetti la cachetea.)*

SERGETTI.– ¡Sí, pero despierta! Déjate de tonteras, ¿quieres? *(Conrado cruza por detrás, con la taza de café. Observa la escena sin ser visto. Cintia se encoge. Llora. Emilia acude ante ella. La abraza.)*

EMILIA.– ¡Pobrecita!

SERGETTI.– ¡Oh, vamos!

EMILIA.– ¡No la trate así! ¿No ve que está asustada, la pobre? *(Emilia la arrulla. Le acaricia la cabeza.)* Ya, ya... Eso... Dejemos que los brutos se queden con los brutos... Ya pasó todo, mi amor...

SERGETTI.– *(A los otros que lo observan.)* ¡Una imbecilidad! ¡Perturba a todo el mundo con sus fobias!

LUISA.– *(Agregándose a Emilia.)* Saquésmosla al jardín, para que tome aire. *(Murmullos de aprobación. Desaparece Conrado.)*

SERGETTI.– ¡Oh, vamos! ¡Pura perturbación mental, les digo! ¿Dónde iremos a parar, si no nos controlamos?

EMILIA.– *(Sacando a Cintia, con la ayuda de Luisa y Teresa.)* Sin embargo, debería mostrar más comprensión por ella... Nadie pudo dormir en toda la noche con esos disparos, y la situación en que estamos... Noches sin sueño perturban la imaginación... Siendo doctor, debería saberlo... *(Sergetti las sigue a regañadientes. Quedan solos Goldberg, Mario y García. Ante la mirada de los otros, Goldberg se saca la camisa, queda con el torso desnudo, y comienza a efectuar ejercicios gimnásticos, ante la expresión de evidente disgusto de García.)*

GOLDBERG.– Mucha gente... reunida en un espacio cerrado... enrarecen el aire. Falta de oxígeno... que enardece los espíritus... y provoca la belicosidad... Un poco de calistenia... descarga las tensiones. *(A Mario.)* ¿No me acompaña? *(Mario recoge una toalla y sus implementos para lavar y afeitar.)*

MARIO.– No, gracias... Yo para hacer gimnasia, tendría que ponerme un arnés ortopédico, para no desarmarme... A mí, el único músculo que me funciona bien es el de la pereza, y no me diga que no lo hay... *(Saliendo.)* Iré a ponerme presentable. *(Goldberg en tanto, ha seguido haciendo sus ejercicios, ante la mirada reprobadora de García.)*

GARCÍA.– *(No pudiendo más, finalmente.)* ¿No cree, señor, que antes de ponerse a hacer esas... luxaciones, debería preguntarle primero, a las señoras, si no las ofende su presencia embarazosa? *(Ante la impasibilidad de Goldberg, decide abandonar la sala. Sin reprimir gestos de disgusto y rechazo. Quedan solos Goldberg y Emilia.)*

GOLDBERG.– No diría... que a su marido le resulta fácil disimular... sus prejuicios.

EMILIA.– ¿Prejuicios?

GOLDBERG.– Diría que, en cuanto vio que me unía al grupo, donde los Margulis, se le descargó, aquí, la bubónica... Y no lo culpo, ¿sabe?... Soy un tipo que provoca antipatías... Me iré a la tumba con eso... Y peor aún, ¿sabe?

EMILIA.– ¿Qué cosa?

GOLDBERG.– No puedo evitar provocarlas... Es como un círculo vicioso del cuál no sé cómo salir... No sé si es mi antipatía... Una cosa más bien trágica, ¿sabe? *(Sonríe.)* Pero también tiene su lado gracioso... *(Tras otro breve interludio.)* Es por ser judío, ¿sabe?... Lo paren a uno, para ser como gato atrapado, al fondo de un callejón... andar con las uñas paradas... Pero, a pesar de todos los pronósticos negros... soy un tipo bastante buena persona, ¿sabe? Lloro cuando muere un amigo, y agradezco la mano que me tienden... Exótico en un judío, ¿no?

EMILIA.– Yo no diría que a mi marido le moleste eso, señor...

GOLDBERG.– Moshé... ¡Llámame Moshé! Y perdóneme, pero su marido, sí me odia... Y lo comprendo... Siempre resulta cómodo odiar a alguien... Lo

hace sentir a uno, unido a los otros, en nuestro odio... Un precio que los judíos aún no sabemos como amortizar... *(Sonríe.)* Le ofenden mis... ¿flaccideces?

EMILIA.– En absoluto, no... Moshé.

GOLDBERG.– ¡Pues yo las encuentro espantosas! *(Se detiene en sus movimientos. La mira. Emilia, incómoda, se dispone a salir.)* ¡Emilia!

EMILIA.– *(Volviéndose.)* ¿Sí?

GOLDBERG.– No le molesta que la llame así, ¿no? *(Ella niega.)* Si alguna vez necesita a alguien; este judío no siempre está payaseando...

EMILIA.– Lo sé, Moshé...

GOLDBERG.– Bien, si lo sabe, cuente conmigo... Y, ¿me permite que le diga algo?

EMILIA.– Diga...

GOLDBERG.– Usted es "mujer cojín"... La he observado.

EMILIA.– *(Riendo nerviosamente.)* ¿Y cuál es la "mujer cojín", Dios mío?

GOLDBERG.– La que vuelve a tomar su forma, cada vez que se la golpea... Conozco eso; en eso somos hermanos. *(Emilia no sabe cómo reaccionar a eso. Va a decir algo, cuando se escuchan afuera voces, mezcladas con gritos lejanos, y luego ladridos de perros. De inmediato, acude Serrano-Soler en bata, seguido de Luisa. Va decididamente hacia el cordón y tira de él, nerviosamente.)*

EMILIA.– ¿Qué pasa?

LUISA.– *(Burlesca, chanceándose con la excitación de Serrano-Soler.)* Que aparentemente uno de nosotros se aventuró donde no lo deseaban, y se encontró con unos colmillos nada de amigos.

SERRANO-SOLER.– ¡Encuentro intolerable que bromees en un momento como éste!

LUISA.– ¡Pero, querido! "Gutuso" no va a venir antes, porque revientes ese cordón... *(Entran Sergetti y Mario; traen a Javier, muy pálido. Tras ellos viene Carla, en kimono de mangas anchas. Lo recuestan sobre un sofá. Trae una pierna forrada con una toalla ensangrentada.)*

EMILIA.– *(Agregándose al grupo.)* ¡Oh, Dios mío! ¡Pobrecito!... Vamos, póngale un cojín. *(Haciéndolo.)* ¡Eso es! ¡Así! *(Javier se queja de dolor. Goldberg acude también. Entra Conrado, preocupado, obsequioso, poniéndose el chaquetón.)*

CONRADO.– ¿Sí, señores, qué se les ofrece?

SERRANO-SOLER.– ¿Qué, qué se nos ofrece pregunta? ¿Y tiene el descaro? ¡Mire! ¡Mire cómo sus bestias han dejado a este hombre! *(Conrado examina la herida. Javier está exánime en los brazos de Carla, que le sostiene y le seca la frente.)*

CONRADO.– Muy lamentable, señor.

SERRANO-SOLER.– Muy lamentable, ¿dice? ¡Criminal, diría yo! ¿Qué es todo esto, hombre? ¿Una broma de mal gusto?

CONRADO.– Se les advirtió, señores: que no pasaren de ciertos límites... *(Por Javier.)* El señor invadió terrenos que no está en mi poder garantizar... Iré a buscar un botiquín para el señor... *(Sale antes que Serrano-Soler alcance a rea-ccionar.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Este tipo es imposible! ¡Se escurre antes que uno pueda meterle mano! ¡La próxima vez, lo agarraré de la solapa! *(A Sergetti.)* Pero, ya, ¿por qué no le echa una mirada? Se supone que usted es doctor, ¿no? *(Sergetti inspecciona superficialmente la herida de Javier, en tanto Teresa entra peinándose. Tras ella viene Garcia, que juega en sostenerle un espejo, con coqueta soli-*

citud. Ausente de lo que acontece en la sala, se acerca a ella, la acosa, buscando su atención que Teresa rehuye.)

SERGETTI.– No es nada. Sólo un rasguño superficial, y el susto, naturalmente.

EMILIA.– Pero, ¿qué pasó?

MARIO.– *(Limpiando la frente sudorosa de Javier.)* Quiso dormir a la intemperie, a pesar de las advertencias... Por influencia de la noche seguramente... Salió a buscar las estrellas, más allá de lo prudente... *(Teresa vuelve su espalda a García. Javier se "despierta". Descubre su herida.)*

JAVIER.– *(Con terror.)* ¿Qué es esto? ¿Qué pasó?

CARLA.– Es lo que queremos que tú nos digas, querido.

JAVIER.– *(A Sergetti.)* ¿Es grave, doctor?... ¿Sangra?

SERGETTI.– Sólo un rasguño superficial... *(Javier no le cree. Trata de inspeccionar su herida.)*

CARLA.– *(Tranquilizándolo.)* ¡Ya! ¡No es nada! ¡Tranquilo!

JAVIER.– Me había dormido sobre un banco del jardín, y quise ir a lavarme en el arroyo...

CARLA.– ¿Qué arroyo, querido?

JAVIER.– Había un arroyo... corriendo hacia el mar... Lo oía claramente... Seguí una cerca de pinos, pero había una puerta... que no me dejaba pasar... No cedían en sus bisagras oxidadas... ¡Cuando logré abrirla, al fin, me atacaron los perros!... *(Se va excitando.)* ¡Venían hacia mí por un campo lleno de flores blancas!... ¡Dando brincos sobre las flores, con sus enormes fauces abiertas!... ¡Sus hocicos enormes!

CARLA.– Ya, ya... Ya pasó todo...

JAVIER.– *(A Sergetti que se retira.)* ¿Es seria la herida, doctor?

SERGETTI.– Nada, ya te dije...

JAVIER.– ¡Espere doctor! ¡No me abandone! ¡Quiero que usted me cuide la herida!... *(Histérico.)* ¡No quiero morir! *(Sergetti vuelve hacia él, resignado... A todos.)* ¡Y había una inscripción en la puerta!... ¡Decía ECCE HOMO! *(Todos se miran, extrañados, conturbados.)*

SERRANO-SOLER.– Bueno, ¿hasta cuándo vamos a tolerar esto, me pregunto yo?

GOLDBERG.– Encuentro que nada es tan grave como parece indicar su indignación... Nos dijeron que no pasáramos de ciertos límites, ¿no?...

LUISA.– *(Sabiendo que esto irrita a Serrano.)* Exacto...

GOLDBERG.– ¡Además, no quisiera pasar de suspicaz, pero, me parece que nuestro amigo, aquí! *(Por Javier.)* ...ha querido pasarse de listo, e intentar una escapada, ¿mmh?

LUISA.– *(Alarmada.)* ¿Escapada?... ¿Escapada de qué?

GOLDBERG.– Está bien eso del cuento romántico de querer dormir a la intemperie. Quién no ha querido dormir alguna vez, desnudo, bajo las estrellas, pero... Que teníamos que ir a retozar al campo de flores blancas, ¿mmh?

SERRANO-SOLER.– ¡Usted es imposible, señor! ¡Quiero que me aclare eso, de inmediato! ¿Qué quiere decir usted con "escapar"?... ¿Escapar de quién? ¿Qué no ve que asusta a las señoras?... *(Dice eso, porque Emilia ha ido a buscar protección, al amparo del abrazo de Luisa, que la acoge gustosamente.)*

GOLDBERG.– *(Saliendo, haciendo gestos payasescos.)* ¡Digo, nada más! ¡Digo!... ¡Hay

almas frágiles, y otras que lo son menos!... ¡Algunos se asustan de nada! ¡Otros, porque les roban un millón!... ¡Yo, por ejemplo, me convertiré ahora en un delfín!... Nadaré dos veces, de ida y vuelta, en la piscina, y apuesto que no me ahogo. *(Sale riendo.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Este hombre es absolutamente imposible! *(Regresa, Conrado con una caja médica de emergencia, que pasa a Sergetti, que procede a "curar" a Javier. A él.)* ¿Y bueno? ¿No nos va a dar una explicación?

CONRADO.– ¿Respecto a qué, señor?

SERRANO-SOLER.– ¿No le parece bastante insólita toda esta situación? ¿De qué se trata todo esto?... ¿Adónde vamos? *(Como Conrado se ha agachado, en su afán de ayudar a Sergetti en atender a Javier, y no le presta atención, lo toma rudamente de un hombro y lo sacude.)*

SERRANO-SOLER.– ¿No me ha escuchado? *(Una violencia sorda, amenazante surge en la mirada de Conrado, dirigida hacia la mano, que le agarra el hombro.)*

CONRADO.– *(Esperando que Serrano-Soler lo suelte, luego con calma.)* No puedo explicar nada que no esté explicado ya. Mi amo invitó a un grupo de amigos a disfrutar de la hospitalidad de la casa, y a causa de una serie de hechos inevitables, ha debido permanecer ausente, y estoy tratando de suplir su ausencia, en la medida de mis fuerzas... ¿Qué más puedo hacer? *(A los otros.)* ¿Tienen alguna queja, los otros señores? *(Nadie parece tenerla.)* Eso de los perros, se evitará en el futuro... Siempre que los señores no se arriesguen a invadir sectores que no controlo... En un rato más, se les servirá el desayuno a los señores, junto a la piscina. *(A Sergetti.)* ¿Es todo lo que necesita, doctor?

SERGETTI.– *(Terminando de vendar la pierna de Javier.)* Ya voy a terminar.

CONRADO.– Bien señor... *(Recibe la caja de Sergetti y sale.)*

SERRANO-SOLER.– ¿Vieron al tipo? ¿Vieron su expresión feroz, por sólo rozarle un hombro? *(Solemne.)* ¡Estoy seguro, señores, que aquí somos objeto de una conjura en contra de nuestras vidas!

SERGETTI.– ¡Vamos, hombre, contrólese! Usted lo dijo: ¿qué es ésto de aventurar juicios, que sólo consiguen asustar a nuestras mujeres?

SERRANO-SOLER.– ¡Pero, mire lo que está pasando Sergetti!... ¡Piense en todas las extrañas coincidencias que hemos debido sufrir! ¡La aparición de tragos mágicos, a pedir de boca! ¡El descubrimiento de vestuarios misteriosos! ¡Y el aislamiento en que estamos! ¡Y ahora la extraña ausencia de nuestro anfitrión, que a cambio, nos manda sus esbirros, a hostilizarnos!... ¿No le parece eso suficiente como para pensar que somos objeto de una conjura?

SERGETTI.– ¡Y yo le exijo que controle sus exabruptos, Serrano! *(Señala a las mujeres.)* ¡Me parece que somos los hombres, y no ellas, los que debemos mostrar coraje, hombre!... ¡Iré a ver a mi mujer! *(Sale. Queda un aire de opresivo desasosiego.)*

SERRANO-SOLER.– *(Como pidiendo apoyo.)* Bueno, ¿pero qué he dicho? ¿Qué cosa tan tremenda he dicho?

LUISA.– ¡Dijiste exactamente que tenías miedo, mi amor... Y eso, le quedó claro a todo el mundo! *(Emilia sale tras su marido, tras ella, Luisa, pero Serrano-Soler la sujeta de un brazo.)*

SERRANO-SOLER.– Me hostilizas. ¡Me hostilizas ante todo e mundo!

Luisa.– Al contrario, mi amor... Me divierto a morir *(Le besa.)* ¿Cómo podría mostrar algún sentimiento agresivo?... ¡Te quiero! ¡Eres tan vital, cuando te enojas! ¡Casi me permites ver a Atila, asolando al mundo occidental!... ¡Vamos a nadar un poco!... *(Insinuante.)* Esta noche encontraremos un rincón donde cobijarnos, que es lo único que nos importa, verdad, ¿no te parece? *(Lo besa apasionadamente. Serrano-Soler se apacigua. Salen abrazados. Javier está incómodo, quiere levantarse para salir.)*

Mario.– ¡No, quédese un rato más, reposando! ¡No debe moverse!

Carla.– *(A Javier.)* Sí... Y tienes en Mario a la mejor niñera, hijo... No puedes estar en mejores manos. *(A Mario.)* ¡Demuestra tus destrezas, querido pero no apabulles! ¡No apabulles!... ¡Te espero en el *porridge* obligado! *(Sale Carla.)*

Mario.– *(En cuanto se sabe solo; por la herida.)* ¿Te duele?

Javier.– *(Cortante.)* Como debe doler una mordida de perro, ni más ni menos... *(Mario le acomoda el cojín.)*

Mario.– ¿No estás más cómodo así?

Javier.– ¡No, déjeme! ¡Estoy bien así!

Mario.– ¿Dime, por qué me rehuyes? *(Javier lo mira desafiante.)* Te he observado desde que te conozco... ¿Qué tengo en la cara, que te hace huir de mí, como si tuviera la bubónica?

Javier.– Yo no lo rehuyo... Usted ve fantasmas... *(Quiere levantarse, pero Mario lo retiene.)*

Mario.– ¿Qué soy para ti, dime?... ¿El solterón blandengue, medio feminoide, medio arrabalero, que llega a veces al Club con tu padre, con su anillo gigante al dedo, y peinado a la gomina?

Javier.– *(Con los dientes apretados.)* ...¡Y no me quita los ojos de encima! *(Chilla.)* ¡Por qué no me deja tranquilo!

Mario.– *(Risueño, calmo, tras el shock.)* Pero, ¿qué te pasa, niño? Sólo quiero ser amigo tuyo... *(Pone una mano sobre un brazo de Javier, que éste retira violentamente.)* No te parece absurdo, que si vamos a estar encerrados, aquí, los dos, por un tiempo indefinido... tratemos, al menos de... *(Javier se incorpora dificultosamente.)* Bueno como quieras... Si lo prefieres así, mejor... *(Javier ha logrado incorporarse.)*

Javier.– *(Siseando.)* Usted sólo fue a la fiesta de los Margulis para seguirme... ¡Donde voy, me sigue!... ¡Por qué no me deja tranquilo, asqueroso maricón! *(Sale rengueando trabajosamente. Mario queda solo un instante. Conmovido, alterado. Se escuchan risas y luego entra Cintia, levemente borracha, en bikini, con un gran sombrero alón. La sigue Serguetti.)*

Cintia.– *(Riendo.)* ¡Yo no estoy provocativa! ¿Quién dice que estoy provocativa? *(Serguetti trata de retenerla, medio en serio, medio en broma, pero ya Cintia se deja caer junto a Mario. A él.)* ¿Usted encuentra que estoy provocativa? *(Se muestra.)* A ver, dígalo en serio: ¿me encuentra... provocativa?... ¿O es que estoy simplemente... eufórica?... Mi marido aquí, dice que lo estoy, porque no se da cuenta que vengo saliendo de un gran susto, y lo menos que una puede hacer es espantar a los fantasmas, ¿no cree? *(Le toma una mano.)* Mire, usted... *(Más cerca de él.)* Puedo decirte Mario, ¿no es cierto?

Mario.– Sí... Sí puede.

CINTIA.– Porque tú eres Mario Cruz, el decorador famoso, ¿no es cierto?

MARIO.– Soy simplemente Mario Cruz...

CINTIA.– ¡Uuuuyy! ¡"Simplemente Mario Cruz"! pero, ¡qué modesto!... Te conozco, ¿ves? *(Tratando de concentrar sus pensamientos.)* Bueno, mira, Mario Cruz... Tú puedes estar muerto; yo puedo estar muerta; todos, todos aquí podemos estar muertos. Sobre todo mi marido, aquí, podemos estar muertos, porque se mueve en un enooooorme muuuundo necrofílico... Aunque tal como tú lo ves, ahora... Tan buenito... Tan compuesto... Es un doctor que lleva una cuenta de cada uno de sus pacientes... *(Muy cerca de él.)* Una libretita dorada, así, muy chiquitita... En que anota muchos numeritos rojos... *(A Sergetti.)* ¿Verdad, querido?... Un numerito rojo junto a cada cliente... Un numerito rojo junto a cada cólico renal inexistente... ¡Y un cliente arruinado! *(Rie desenfadadamente.)* ¿En qué íbamos?... ¡Ah, sí! ¡En la enooorme tierra de nadie, en que yo me muevo!... ¡Una tierra que es todo vida y muerte, al mismo tiempo!... ¡Y yo amo esa vida! ¿Entiendes eso?... La amo desconsoladamente, y por eso me acelero un poco, ¿entiendes eso? *(Le toca la cara.)* ¿No la amas tú también?... No lo creo, porque te veo una carita triste... ¡Acabas de pasar un mal rato, apuesto!... ¡Mi intuición femenina no me falla!... *(Lo abraza.)* ¡Bueno, yo tengo un remedio para eso!... ¡Ven y abraza a una mujer medio desnuda, y pro... vo... ca... tiva, y se te pasarán las penas!... ¡Vamos, apriétame! *(Mario obedece desganadamente.)* ¿Y?... ¿Sentiste el calor?... ¿Sentiste la piel?... ¿Qué prefieres ahora, con tu carita triste?... ¿vida, o muerte?...

MARIO.– *(Por seguirle la broma.)* Vida...

CINTIA.– ¿Ves? *(Se desprende de él y sale con su misma risa e indiferencia a todo con que entró. Antes de salir, a Sergetti.)* Sácame de aquí, y volveré a portarme como una enooooorme mujer convencional, como a ti te gusta... ¡Cólico renal! ¡Inexistente! *(Sale riendo.)*

SERGETTI.– *(A Mario.)* Cae de una depresión en otra. Sube y baja, como un carrusel. Ni todos los tratamientos del mundo le han hecho un milímetro... Usted la vio: anoche en el infierno, ahora... Y lo tremendo es que me provoca... Indecorosamente, diría... Tiene un fuego que me abrasa... Estamos casados hace tres años y todavía corro tras ella, como un chivo enamorado, ¿qué se puede hacer en contra de eso? *(Sale tras ella. Mario se va a levantar, pero lo detiene la entrada de Luisa, Teresa, Emilia y Carla, que conversan animadamente. Traen toallas.)*

LUISA.– Sí... Una vez, vi un baño, así, en una terma... Pero no me acuerdo dónde.

EMILIA.– Taormina...

LUISA.– Sí, puede ser, aunque no he estado nunca en Taormina...

EMILIA.– Yo sí.

CARLA.– ¡Baños con tina de mármol, metidos en nichos! ¡Oh, Dios, y esos grifos imposibles!

LUISA.– Gárgolas...

CARLA.– ¡Bueno, sí! ¡Grifos en forma de gárgolas! *(A Mario, que las mira.)* Salimos de excursión las cuatro *girl-guides,* y ¿qué crees que encontramos?

EMILIA.– ¡Un baño oriental, con grifos de oro, pero sin agua!

CARLA.– *(Sentándose junto a Mario.)* Ni agua, ni jabón, ni nada.

EMILIA.– Ya casi me siento pegajosa. *(A las otras.)* ¿No se sienten ustedes, pegajosas? *(A Luisa.)* Tendremos que pedirle jabón a ese "gutuso" tuyo...

CARLA.– ¡Sí... Hace tres días que no me baño! ¡Uf!

EMILIA.– *(Riendo.)* ¡Julián dice que ya comienzo a oler a chingue! *(Rien por Teresa.)* ¡Ella quiso enjabonarse en la piscina, y Serrano armó un escándalo! *(Se escucha un rumor que proviene del exterior. Es la voz de García.)*

VOZ DE GARCÍA.– ¡Pero, es imposible, señor! ¿Cómo se atreve hacer eso? ¡Ensuciarnos la piscina con sus inmundicias!

VOZ DE GOLDBERG.– ¿Y por qué no? ¿Por qué ella y yo no? ¿Porque soy judío?

CARLA.– *(A Teresa.)* Ves, mi amor. Diste el ejemplo, ya todo comienza a descomponerse...

TERESA.– No puedo estar tres días sin bañarme... Ya empiezo a sentirme inmunda...

CARLA.– ¿Y por qué no usar el baño oriental, para eso?

TERESA.– El sólo pensar que tendría que sacarme la ropa en ese mausoleo de mármol me da escalofríos. Comienzo a sentirme incómoda en esta fortaleza...

CARLA.– ¿Fortaleza?

TERESA.– ¿No se sienten ustedes como... sitiadas? *(Luisa se ha tendido a lo largo sobre un sofá. Se cubre los ojos con unas hojas de una planta del jardín.)*

EMILIA.– Yo sí... Le dije a Julián, anoche: "Siento que no vamos a volver más a casa", le dije. "Que nos tienen como rehenes"... *(A las otras.)* ¿Y cuando me preguntó: ¿"Rehenes de quién"?... no supe qué contestarle... Porque ésta no es la casa de Leonardo... ¿No sienten usted es también eso? ¿Qué ésta no es la casa de Leonardo?

LUISA.– ¿Y de quién podría ser, querida?

EMILIA.– No lo sé... Algún lugar embrujado, tal vez... en que Leonardo no es más que un pretexto... *(Rie nerviosamente.)* Estúpido, ¿no les parece? Deben creer que estoy loca, pero es que... ¡Estoy tan asustada! *(Rie sin razón, histéricamente. Mario se levanta para irse.)* ¿Adónde vas?

MARIO.– No sé. Dónde me necesiten más, tal vez... *(Emilia va sobre él y lo abraza, provocativamente.)*

EMILIA.– ¡Es que yo te necesito más, mi amor! *(Rie.)* ¡Necesito un brazo de hombre! *(Mario se zafa de ella, confundido, molesto. Sale. A las otras.)* ¡Se asustó ven! ¡Se asustó de mí! ¡En cuanto le hablé que necesitaba un brazo de hombre, huyó a perderse!

CARLA.– *(Irritada con ella.)* No debemos agredirnos. Lo único que importa en toda esta situación es que debemos permanecer unidos, cueste lo que cueste, duela lo que duela...

LUISA.– ¿Crees verdaderamente en eso, querida?... No lo creo. Eres demasiado inteligente para creer que esto es posible entre nosotros... ¿Sabes lo que creo que está pasando, querida?... Que también te estás aterrando... ¿Es eso?

CARLA.– Lo que estoy haciendo es defender a un amigo...

EMILIA.– Pero tú no te acuestas con él, ¿no es cierto? *(Rie.)* Apuesto a que no te acuestas, ¿o sí lo haces?... Esa también debe ser toda una experiencia, ¿mmh?... ¡Efebos del Parnaso! ¡Nalgas desnudas y potros blancos sobre las playas de Míkonos! *(Emilia estalla en una carcajada.)*

CARLA.– *(Entre amenazante y divertida.)* ¡Cállate, o te ahogo en esa piscina! *(Teresa se levanta y sale, molesta por el giro de la conversación, lo que hace reír aún más a Emilia. Se escucha una discusión y entra García, perseguido por Goldberg, que procura quitarle un jabón, que García le oculta a sus espaldas.)*

GOLDBERG.– ¡Déme ese jabón! ¡Le digo que me lo devuelva! *(García le devuelve el jabón, entre asustado y divertido por la violencia de su indignación.)*

GARCÍA.– ¡Bueno, no lo tome así! ¡Si era sólo una broma!

GOLDBERG.– ¡A mí no me gustan sus bromas! ¡No me irrite! ¡No me saque de quicio! *(Sale temblando.)*

GARCÍA.– *(Reaccionando.)* ¡Pero eso tampoco le da derecho de ensuciarnos el agua... ¡Asqueroso judío! *(Eso en voz más baja: a los demás, que lo miran.)* Son tipos sin el menor sentido del humor... *(A Emilia.)* Bueno, y tú, ¿qué me miras? ¿No le puedo hacer una broma, al tipo? *(Ante la persistencia acusadora de su mirada.)* Bueno, y ¿qué te pasa, dime? ¿Estás con o en contra mía? ¿Eres mi mujer, no? ¡Por si te sientes tentada a olvidarlo! *(Sale. Carla se levanta.)*

CARLA.– *(A Emilia.)* Prerrogativas de macho, querida. Imponer el músculo, sea como sea; tenga razón o no... *(Sale Carla, Luisa la sigue. Regresa Teresa, que va a situarse junto a Emilia.)*

TERESA.– Oí los gritos, y volví... Me fui hace un rato, y fue estúpido... Lo hice porque me molestó la forma cómo se burló de ese hombre... ¿Por qué lo hace? Usted no es para eso... La he estado observando, y he visto que eres una mujer que sufre... ¿Por qué te burlas, entonces? *(Toma la mano de Emilia.)* ¿Seremos amigas? *(Emilia asiente.)* Entonces quiero contarte algo... ¡Creo que estoy enamorada!... *(Ríe nerviosamente.)* ¿Te parece tonto?... ¿Oh, por qué te cuento esto?

EMILIA.– ¿De quién estás enamorada, querida?

TERESA.– De ese joven... Javier... Es tonto, ¿no es cierto?... ¡Oh, qué cursi es ese sentimiento: "el amor"!... ¿No te parece cursi?... *(Sigue jugando con las manos de Emilia.)* ¡Pero, ahora cuéntame algo tuyo!.. *(Antes de que Emilia pueda abrir la boca.)* ¡Y te diré otra cosa! ¿Sabes que me siento capaz de hacer cualquier cosa por ese joven?... ¡Lo que él me pida! ¡Por primera vez en mi vida!... ¿Es tonto no?... ¡Siento que voy a hacer una locura, y no me importa!... ¿Crees que eso es "amor"?

EMILIA.– ¡Hazlo! ¡No me imites a mí, que nunca he hecho lo que quiero!... ¡Hazlo, pero mantén tu libertad!... ¡Sé persona, antes que mujer!... *(Le acaricia la cabeza.)* ¡Para que, cuando ya no lo quieras, tengas a qué recurrir!... ¿Entiendes? *(Entra Serrano-Soler, seguido por Sergetti, García y Mario.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Bien, pero yo les digo que esta situación es insostenible, señores! ¡No puede continuar! ¡Los invito a tomar las medidas!

SERGETTI.– Pero, ¿qué podemos hacer? Sea prudente, hombre...

SERRANO-SOLER.– ¡Prudencia! ¡La razón de que el mundo sea como es! ¡Un caos de desorden e incertidumbre! Estamos reunidos como ovejas junto a una piscina, dejando que el tiempo resuelva el enigma... ¡Se los advierto! ¡Si no hacemos algo, y luego, estaremos años, tal vez siglos, en esta inmovilidad!

SERGETTI.– ¿Y qué propone que hagamos?

SERRANO-SOLER.– ¡Pues, forzar las circunstancias!

SERGETTI.– Pero, ¿cómo? *(Serrano-Soler va hacia las dos mujeres, que han estado escuchando.)*

SERRANO-SOLER.– ¿Señoras me lo tomarían a mal si les pido que nos dejen solos un instante? *(Emilia y Teresa salen. Serrano-Soler espera que lo hagan.)* ¡Gracias! *(A los hombres.)* Bien, ¿señores cuánto podemos reunir entre los cuatro? *(A García.)* Tú, Julián, ¿con cuánto te pones?

GARCÍA.– ¿Qué quieres decir?

SERRANO-SOLER.– Vamos... Los reuní porque son hombres de acción. Por algo están en lo que están, saben cómo se maneja el mundo... Vamos Julián, ¿con cuánto te pones?

GARCÍA.– Aún no entiendo... ¿Qué quieres hacer?

SERRANO-SOLER.– ¡Sobornar al tipo! *(Ante la incredulidad de los otros.)* ¡Vamos, se mueve entre nosotros, con cara de inocente, pero yo sé que él conoce la salida!... ¿Porque no van a creer que eso del puente roto, y la guerrilla, ¿no?... ¡El tipo sólo espera que le mostremos algo, y ya verán como todo se arregla!

MARIO.– Usted está despistado en esto, Serrano. ¿No se da cuenta que ésta no es una situación negociable? Al menos, no de acuerdo a sus métodos. Ésta no es una película del Oeste...

SERRANO-SOLER.– ¡Es un truco! ¿Qué no lo ven?... Las señoras andan por ahí, como dueñas de casa, los demás nos agolpamos como ovejas, esperando a que se produzca algo, que nadie sabe qué es... ¿No les parece ese un plan para "reducirnos"? *(Saca un fajo de billetes.)* ¡Yo me cuadro con diez mil! ¿Quién pone otro tanto?

MARIO.– Usted está loco, Serrano.

SERGETTI.– Así me parece a mí, también... Yo en cambio, propongo algo mucho más eficaz.

SERRANO-SOLER.– ¿Ah, sí? Y, a ver, ¿qué es? *(Serguetti saca de entre sus ropas un pistolón antiguo.)*

SERGETTI.– *(Blandiéndolo.)* ¡Propongo abrirnos paso a tiros! *(Mario estalla en una carcajada incontenible.)*

GARCÍA.– ¿De dónde sacó ese trabuco?

SERGETTI.– Escondido bajo unas cajas.

SERRANO-SOLER.– ¡Pero si es una pistola medioeval, hombre!

SERGETTI.– Por algo hay que comenzar, ¿no? *(García se la quita.)*

GARCÍA.– Tiene una inscripción grabada en la culata. Todos se agolpan a leer: ECCE HOMO.

SERGETTI.– Nuevamente...

GARCÍA.– *(Alarmado.)* ¿Dónde encontró esto?

SERGETTI.– En las cajas de las ropas, ya le dije... Junto a unos paños sanguinolentos... Había además una muleta, una pierna ortopédica manchada de sangre, y, al fondo, un gran montón de ojos artificiales... *(Se pone unos de los ojos que saca de un bolsillo.)* Como éste, ¿ven? *(En ese momento aparece Goldberg, llevando una máscara del Ecce homo, coronado de espinas. Trata de asustar a los otros, divertido.)*

GOLDBERG.– ¡Buuuuuh!... *(García va sobre él y le arranca la máscara.)*

GARCÍA.– ¡Cállese! ¡Me toma los nervios! ¡No sea sacrílego con nuestra religión! *(Desde el exterior acuden gritos de mujer. Entra Luisa.)*

LUISA.– Vengan, vengan... ¡Cintia trató de ahogarse en la piscina! *(Sergetti corre hacia fuera. Los otros lo siguen.)*

SERGETTI.– ¡Mi mujer! *(La escena queda vacía un rato. Luego entra Javier, mirando hacia atrás con expresión demudada. Deambula un instante como perdido, y luego busca algo entre sus ropas, con desesperación, extrae jeringa y elástico, y se arrincona, procurando inyectarse. Está en eso cuando entra Mario, que lo busca con la mirada. Lo ve. Va hacia él.)*

JAVIER.– Déjame soñar... No resisto la violencia... Déjame soñar con raíces... Raíces que se envuelven en gargantas blancas... Me ahogo si no puedo tomar esas manos blancas... Cubren mis ojos como una sábana... *(Mario lucha por resistir la tentación de tomar a ese muchacho sufriente en sus brazos.)*

MARIO.– ¡Eres tan hermoso! ¡Tan joven... ¡Chiquillo tonto!... ¡Uno casi puede ver el mar bajo tu piel! *(Se atreve a tomar una mano que Javier le entrega.)*

JAVIER.– Mamá tenía una gargantilla... Era hermosa. Hermosa como un cuello de mármol. *(Mira a Mario por primera vez.)* No puedo acercarme a ella... ¿Sabes lo que es eso?... No poder acercarte, porque cada vez que lo hago, ella se me va... Se me va... Por el río... Entre las risas del agua... *(Aparece Conrado, tras ellos. Y tras él, Leonardo, proyectando su silueta difusa en la penumbra. Mira la escena discretamente, en tanto Conrado baja junto a Mario.)*

MARIO.– *(A él viéndolo.)* Ya va a dormirse... ¿No tiene un paño helado para calmar su fiebre? *(Conrado no responde. Sólo se limita a ir hacia la salida desde donde se vuelve.)*

CONRADO.– Sucede lo que tiene que suceder... Traeré algo para calmar a ese joven... *(Al salir se miran con Leonardo, que le hace señas de guardar silencio. Leonardo permanece solo en escena, silencioso, discreto, mirando la escena de Mario mirando a Javier. La escena se oscurece.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

(Han pasado diez días. El ambiente muestra ahora un desorden propio de aquellos lugares donde han estado obligados a convivir un grupo humano que ha realizado ahí su humanidad menesterosa, frágil, precaria. Es la hora de la tarde de un día que ha sido caluroso. Aún se siente afuera el sol que cae a raudales, ardiendo, quemando. Están todos desparramados por la habitación.

García, en camiseta, lee una revista, tirando a lo largo sobre uno de los sofás. Bebe a ratos de una botella.

Serrano-Soler, vistiendo un fumoir *de seda, enfrenta a Mario ante un tablero de ajedrez puesto sobre una mesita. Carla, luciendo un kimono cose un vestido hecho de retazos, sobre Luisa, que hace de modelo.*

Javier, aún con su pierna vendada, y tendido sobre el brazal de otro sofá, se deja abanicar por Teresa en enaguas.

Cintia, también en enaguas, se balancea rítmicamente, sentada a horcajadas sobre una silla, en tanto mira insistentemente la escena de Teresa abanicando a Javier.

Tras ella, Sergetti, sin quitarle los ojos de encima, pela unos ajos para la comida.

Emilia vestida con un elegante traje de noche, sacado del baúl de los vestuarios, mira de lejos toda la escena, con sonrisa de superior menosprecio.

Goldberg no está.

La escena permanece en silencio durante un rato, luego...)

CINTIA.– *(Balanceándose; a Teresa.)* Veo las venas de tus manos... *(Pausa.)* Son como las ramas de un árbol... *(Pausa.)* Deben estar llenas de sangre. *(Nuevo silencio.)* Es cómico *(Ríe sin asunto.)* ¡Si le das un corte a un árbol, no sale sangre, sin embargo, si le cortas el cuello a una mujer, cae una catarata de hojas secas! *(Ríe.)*

SERGETTI.– *(Preocupado ante su tono contenidamente agresivo.)* ¡Tranquila mujer... Tranquila!

CINTIA.– *(A él.)* ¡Digo, nada más... Digo! No saques conclusiones... *(A los otros; con voz airada.)* ¿O es que está prohibido hablar aquí? *(Nuevo silencio. Luego... A Teresa de nuevo.)* ¡Lo vas abanicar a muerte! *(Ríe; se levanta y va a acariciar la frente de Javier.)* ¿Te sientes mejor, muñequito? ¿Con esa samaritana?

TERESA.– ¡Tiene fiebre!... ¡Déjalo en paz!

CINTIA.– *(A todos.)* ¡Miren quién habla! ¡Miren quién está hablando! *(Imita un abanicar frenético sobre la cabeza de Teresa, a quien no puede dejar de rozar con su mano. Luego vuelve a caer a horcajadas sobre la silla, reanudando el cimbreo rítmico, insistente, sin dejar de clavar en Teresa sus ojos fijos y amenazantes, después de un rato.)* ¿Crees que está enfermo porque lo mordieron esos perros, mmh? *(Teresa no responde a su provocación.)* ¿Infección de la herida, o algo así, mmh? *(A Sergetti.)* ¡Dile tú! ¡Dile tú de que está enfermo! ¡No eres doctor, tú!

SERGETTI.– Tranquilízate ya mujer...

CINTIA.– *(A Teresa, pero en verdad a los otros.)* ¡Consumido de pasión de amor! ¡De eso está enfermo! ¡Cuerpo joven, ardiendo de calentura! *(Pasa una mano fugaz, amenazante, sobre la cabeza de Teresa.)* ¡Que esta mosca muerta ha despertado en él!

SERGETTI.– ¡Cintia, contrólate!

CINTIA.– ¡Los vi, anoche! ¡Los observé como se deslizaban, los dos, hacia las sombras de la noche! *(Con ferocidad a Teresa.)* ¿Cómo es, querida? ¿Cabalgar sobre un lecho de grillos, con una vela encendida en la boca? *(Casi grita de risa. Sus palabras despiertan tensión en el grupo, que Carla corta diestramente.)*

CARLA.– Déjala, querida... No es más que una triste solterona... Tú eres casada... Déjala que también disfrute un poco de las alegrías de la vida. *(Eso hace reír a Cintia, de satisfacción.)*

CINTIA.– ¡Es verdad! ¡Es verdad! "Nosotras" podemos enseñarle un poco de "eso", ¿no es cierto?...

CARLA.– Sin duda que sí, querida... *(Cintia carcajea. Luego sigue cimbrándose en silencio, calmada momentáneamente. Carla y Teresa cambian una mirada de inteligencia. Pausa. Silencio, Luego.)*

SERRANO-SOLER.– *(A Mario.)* ¡Cuidado! ¡Te estoy cercando tu reina!

MARIO.– ¿Qué puedo hacer contra una superioriedad evidente?

SERRANO-SOLER.– *(Satisfecho.)* ¡Si tú lo dices! ¡Si tú lo dices! *(Fuerte eructo de García. A él.)* ¿Qué pasaría si todos nos abandonáramos, como tú lo haces? Esto ya parece un campamento de gitanos, sin que tú nos cubras con tus... groserías...

EMILIA.– Es lo que yo digo también. ¡Hay aquí un abandono que repugna! Ustedes ven: yo, a pesar de todas las contrariedades, guardo mi compostura... ¡Hay que ser siempre señora!

GARCÍA.– ¡Bravo! ¡Habló "la señora"! ¡Apoyo tu moción! ¡En verdad, la apoyo!

SERRANO-SOLER.– ¡Entonces, lo primero que deberías hacer es no presentarte, por ahí en camiseta! ¡Esta no es cantina de marineros!

GARCÍA.– ¡Apoyo esa moción, también! ¡En verdad, la apoyo!

SERRANO-SOLER.– ¡Somos aquí una reunión de gente de cierta selección. Eso obliga! *(A todos.)* ¡Al menos es lo que creí, cuando fui a la casa de los Margulis!

GARCÍA.– ¡Apoyo esa moción! *(Otro eructo fuerte.)* Más aún si estamos todos condenados. *(Ante la expresión reprobatoria de Serrano-Soler. Refiriéndose a la revista.)* Lo dice aquí. Es lo que he estado leyendo hace días... Que un gran signo casi cabalístico de un holocausto se cierne sobre la humanidad, y que en cuanto a eso, como los estoicos, debemos marchar hacia el exterminio, con nuestras mejores galas... Como los aristócratas en la Revolución Francesa, que iban al cadalso, empolvándose sus pelucas...

SERRANO-SOLER.– ¿Y por qué no lo haces, entonces, en vez de mostrarte ante las señoras como un patán?

GARCÍA.– *(Parándose sobre el sofá.)* ¡Porque soy un campesino! ¡Mi padre labraba la tierra con sus manos, y yo he estado presumiendo de fino, desde que me gané unos pesos! ¡Tal vez me ha llegado la hora de volver a la tierra! ¡Todos, aquí, nos enfrentamos, ahora, a la hora de la verdad! ¡Emilia ha presumido siempre de aristócrata y juega ese rol!... ¡Tal vez ha terminado por convertirse en aristócrata! *(Ríe. Emilia se levanta alterada.)*

EMILIA.– *(Grita.)* ¡Cállate!... ¿Por qué no lo hace callar alguien?

CARLA.– Vamos, querida, cálmate.

EMILIA.– ¡Me enferma! ¡Hace días que me tiene loca con eso!... *(A García.)* ¡Yo no estoy condenada! *(Cae sacudida por un acceso de llanto. Carla acude hacia ella y le acaricia la cabeza.)*

CARLA.– ¡Ya! ¡Ya pasó todo!... ¡Ya pasó!

EMILIA.– *(Entre sollozos.)* ¡No puedo más! ¡Estamos encerrados aquí, hace siglos ya, y nadie hace nada!... ¡Los odio! ¡Los odio a todos!

GARCÍA.– ¡*Dominus vobiscum domine*!

SERRANO-SOLER.– ¡Vamos, García! ¡Déjate ya de tus payasadas!

EMILIA.– *(Desolada, a Carla que la acaricia.)* ¡Quiero volver donde mis hijos!

CARLA.– Sí, querida, ya es sólo cuestión de unos pocos días más...

EMILIA.– ¡Es que yo no quiero que sea cuestión de "unos pocos días más"! ¡Quiero irme de aquí! ¡Ahora! *(Refiriéndose a García.)* ¡Él no me respeta! ¡Se burla de mí!... ¡Dice que es un campesino, y no lo es! ¡Lo dice sólo para molestarme! ¡Porque sabe que odio que haga burla de eso!

CARLA.– Sí, querida. Todos entendemos eso...

EMILIA.– ¡Provengo de una familia distinguida! ¡Mi padre fue Ministro! ¡Fui educada en los mejores colegios!

CARLA.– Sí, querida. Todos sabemos eso.

EMILIA.– ¡Quiero volver donde mis hijos! ¡Están solos, sin su madre! ¡Cómo estarán sufriendo los pobres! *(García ha vuelto a enfrascarse, ostentosamente, en la lectura, haciendo caso omiso de ella.)*

SERRANO-SOLER.– *(A Mario.)* ¡Jaque mate! ¿Ves? ¡Te puse jaque mate! *(Emilia se levanta y señala a Serrano-Soler con un dedo.)*

EMILIA.– ¡Tú! ¡Tú eres el peor de todos! ¡Grandes palabras! ¡Grandes gestos! Ofreciendo sobornos a todo el mundo, ¿y qué haces en verdad? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Te faltan tus esclavos de tu fábrica para sentirte un emperador? *(Cae sacudida por un nuevo acceso de llanto.)*

SERRANO-SOLER.– *(A todos.)* Hay que entenderla... Estamos todos en un terrible estado de desconcierto...

CARLA.– *(A Emilia.)* Vamos un poco afuera, querida... Para que tomes un poco de aire... *(Sergetti se levanta.)*

SERGETTI.– Me parece una excelente idea. Yo la sacaré. *(A Emilia.)* Vamos. Emilia, ya pasó todo... Mi sopa de ajos puede esperar... Quise regalarles a todos, un poco de mi cocina, pero lo primero es lo primero... *(Toma a Emilia en los hombros.)* ¡Vamos!... Todos estamos necesitando un poco de aire fresco... *(Emilia se deja llevar dócilmente, pero se vuelve al salir.)*

EMILIA.– *(A Serrano-Soler.)* Perdóname... No quise decir lo que dije... Me dejé llevar por mis nervios... Es que ya no soporto esta situación. *(Por García.)* Él sabe que nunca quise venir a esta casa. *(García lee indiferente. Salen Emilia y Sergetti. En cuanto sale el doctor, Javier se incorpora asustado.)*

JAVIER.– ¿Dónde está?

TERESA.– ¿Quién?

JAVIER.– ¡El doctor!

TERESA.– Salió con Emilia... La llevó a descansar un rato...

JAVIER.– ¡No! ¡Yo no quiero!... ¡Quiero que esté aquí, conmigo! ¡Cuidándome! ¡No quiero que me deje solo! ¡Si lo hace, me muero! *(Se incorpora.)*

TERESA.– ¡Cálmate, ya volverá! *(Trata de recostarlo nuevamente.)* Tienes fiebre... Si te mueves, se te abrirán las heridas...

JAVIER.– ¡No! ¡Sólo quiero que me cuide él! *(Sale seguido por Teresa, que lo sostiene.)*

JAVIER.– ¡Doctor! ¡Ayúdeme!... ¡No me deje! *(Pausas.)*

SERRANO-SOLER.– ¿Y bien? ¿Qué vamos a hacer, ahora? *(Espera alguna respuesta.)* ¿Supongo que estarán de acuerdo conmigo que esto no puede seguir así?... ¡Rodeados de mujeres histéricas y jovencitos incontrolados, vamos a enfermarnos todos de la mente! ¡Nos volveremos patéticos en nuestra inmovilidad!

MARIO.– ¿Y? ¿Qué va a hacer usted?... ¡Nada! ¡Ni ésta ni otra vez! De modo que, ¿para qué excitarnos?... ¡Estamos rodeados, Serrano! ¡Neutralizados! Antes que lo entienda, le será más fácil ajustarse.

SERRANO-SOLER.– *(Señalando a Luisa y Carla.)* ¡Mire a esas locas! ¿Qué cree que está haciendo? ¿Solamente cortándose un vestido? *(Luisa y Carla responden en coro, jugando a ser niñitas.)*

AMBAS.– ¡No! ¡Estamos jugando al buen colegial! *(Rien.)*

CARLA.– *(Con la misma voz nasal.)* ¡Yo coso un vestido!

LUISA.– ¡Y yo dejo que me lo cosan!

AMBAS.– ¡Como dos niñas muy buenas que se portan muy bien!

CARLA.– ¿Apuesto a que no sabes qué traje te estoy cortando?

LUISA.– ¡Rapuncel! ¡Rapuncel! ¡La de las trenzas de papel! *(Rien. Se divierten. Luisa sacude las trenzas de papel de diarios que se ha ensartado en el pelo. Serrano-Soler sale dando un resoplido de fastidio.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Oh! *(Carla deja caer las agujas en el costurero.)*

CARLA.– ¡Oh, dejemos esto! ¡Ya me estaba aburriendo!

LUISA.– Pero, ¿por qué no seguir? ¿No dices que te gusta modelar?... ¡A mí, me gusta que me modelen! *(Se tienden por ahí. Mario tiende los naipes para jugar un solitario.)*

MARIO.– Entre otras manías... *(Carla ríe en el acto ante esa observación de su amigo.)*

CARLA.– *(A Luisa, por Mario.)* Dice eso porque cree que me conoce, y eso le da una especie de exclusividad sobre mí... ¡En este momento, está que se retuerce de gusto que me explaye sobre mis otras... manías! *(A Mario.)* ¿O vicios, querido?... ¿Te gustaría mejor que los llamara vicios?... ¿Cuáles son, a ver?... ¡Cuéntale a Luisa!

MARIO.– *(Siempre tendiendo sus cartas.)* ¡Carla, mira! *(Carla estalla en risa.)* Es un vicio en ella... Mira, y después aplica sobre lo que ha visto su pequeña inteligencia incisiva, crítica, demoledora. *(Carla estalla en una risa incontrolable.)* Es también la mujer más "lejana" que conozco.

CARLA.– *(De pronto, a Cintia, que ha seguido cimbrándose, sin dejar de mirar el lugar donde estaba Javier.)* ¡Eh! ¡Cintia, amor! ¡Deja ya de cimbrarte, que se te fue el motivo! *(Cintia se levanta como extraviada, y sale. A los otros.)* ¡Peligroso, peligroso! ¡Se anuncia, ahí, una tormenta! *(García se levanta y sale.)* De modo que ahora sólo quedamos tres. Como el cuento de los negritos... *(A Luisa.)* ¿Te das cuenta, querida que tengo que soportarte? ¿Y tú, a mí?... ¿Y por qué?... ¿Porque tú estás aquí, y nos juntó el destino?... ¿En esta jornada común?... ¿Sabes que todo me recuerda un parvulario?... ¿Cuando mamá nos lleva a clases, el primer día, y ves puras cosas extrañas, y "tienes" que congeniar? A pesar de que te carga, y estás cargada con los más atroces presentimientos, intuyes levemente en tu alma de niña pura que esos seres de rostros raros... con pecas, mejillas regordetas y ojos en capota... serán "tus" rostros, con los que tendrás que convivir, gústete o no te guste... Y te pones en campaña de hacer amistades, a

pesar de todos tus pronósticos en contra... Porque estás aterrada... De quedarte sola... Mascando tu sándwich en una esquina o en un escondite del guater... Y terminas por preferir el arañazo de la pecosa, antes de la soledad de un muro en blanco. *(A Mario.)* ¿Sientes tú, querido... tú, que eres tan perspicaz... que aquí se ha establecido una... solidaridad? ¡Oh, qué palabra tan difícil!

MARIO.– *(Siempre preocupado de sus naipes.)* Tanto como sardinas en una lata. *(Carla ríe.)*

CARLA.– *(A Luisa.)* ¿Ves?... ¿Crees que te quiero a ti, por ejemplo? *(Ante un gesto de extrañeza de Luisa.)* ¡No! ¡Dime! ¡Juguemos a la sinceridad, a pesar de que cueste tanto! *(Ríe.)* ¿Crees que te quiero?

LUISA.– ¡Circunstancialmente... sí! *(Carla ríe más fuerte.)*

CARLA.– *(A Mario.)* Habló sabiamente, ¿no crees?... *(A Luisa nuevamente.)* Una confidencia, entonces... En prueba de este cariño... ¿Crees que me acuesto con este hombre?

LUISA.– No, porque lo de ustedes sobrepasa lo contingente, y eso es lo que admiro en ustedes dos...

CARLA.– *(A Mario.)* ¿Oíste eso, Oscar Wilde?

MARIO.– La mujer habló sabiamente. Tienes razón...

CARLA.– Bueno, pero repito entonces: ahora no quedamos más que tres, y como somos, sin duda, la élite inteligente del grupo, podemos hablar a calzón quitado. Esto, ¿qué es?... *(Los otros dos la miran.)* Todo esto que pasa aquí... ¿Qué es?... Estoy comenzando a sentirme neurótica con la incertidumbre...

MARIO.– Creo que apesta... Tengo la sospecha que alguien nos está poniendo a prueba, y que no estamos pasando el examen...

CARLA.– Pero, ¿qué es?... ¿El proyecto de un viejo loco? Porque son muchas las coincidencias, ¿no creen?

LUISA.– Tal vez estemos aquí por un juego de la imaginación, nada más... Una imaginación culpable... *(Ante la agitación que demuestra Carla, que se levanta y se pasea.)* Vamos, si hubiera sabido que te iba a alterar, ni lo saco a relucir... Es que pensé en las guerrillas, y todo eso... Pura premonición, querida. Apuntan hacia nosotros, ¿no?

MARIO.– ¡Que sé yo! Lo único que sé es que hay que esperar que el tiempo pase y alguien haga algo, que nunca hará... Pero si, por alguna razón milagrosa, alguien viene a invitarme a reventar este palacio, y abrirme paso hacia alguna salida, ¡lo haré!... ¡Sable en mano, como un bucanero borracho, porque estoy sediento de aventura... ¡Y por la locura misma del hecho! ¡Adoro las locuras inútiles! *(Vienen entrando Serrano-Soler, Sergetti, Garcia, con gestos decididos, trabucos en mano.)* ¡Y parece que viene mi oportunidad!

SERRANO-SOLER.– *(A Mario.)* ¡Y bien, Cruz! ¡Hemos tomado una decisión! ¡Acuerdo solemne entre los hombres de este... campamento! ¡Nos abriremos paso hasta la costa! ¡Sortearemos las guerrillas por la playa! ¡En cuanto se establezca contacto con la civilización, volvemos con ayuda, en rescate de las mujeres! ¿Viene usted o no?

MARIO.– *(A Carla.)* ¿Soy un hombre, no?

SERRANO-SOLER.– *(Impaciente.)* Bueno, viene ¿o no? *(Mario se incorpora.)*

MARIO.– ¡Como un bucanero loco!

SERRANO-SOLER.– *(A Sergetti.)* ¡En este caso, déle un arma! *(Sergetti le alcanza un trabuco.)* ¡En marcha! *(Salen los cuatro hombres, decididamente, por la gran puerta. Mario un poco rezagado, se detiene y mira a las mujeres con divertida resignación.)*

MARIO.– ¡Caprichos de la naturaleza! ¡Qué le vamos a hacer! *(Sale también.)*

CARLA.– ¡Mambrú se fue a la guerra! ¡Y nunca más volvió!... ¿Te quiere mucho, eh?

LUISA.– ¿De quién estás hablando?

CARLA.– Serrano...

LUISA.– No hace nada sin mirar a ver cómo reacciono... Si cree que va a impresionarme, incendia todo esto...

CARLA.– Es muy rico... he oído, ¿eh?

LUISA.– *(Mientras la peina.)* ¡Vamos, mi amor! ¡Todos somos "ricos", aquí! ¿O es que no te has dado cuenta que somos, extrañamente, como una selección de la "espuma dorada"?

CARLA.– No había pensado en eso...

LUISA.– ¡Bueno, mejor hazlo y saca tus conclusiones!

CARLA.– ¿Qué crees que estamos aquí como una especie de... castigo?

LUISA.– ¿"Castigo", por qué?

CARLA.– Bueno, lo merecemos, ¿no?

LUISA.– ¿Crees eso?

CARLA.– Vamos, no te pongas cínica... Sabes que pecamos, o algo así, ¿no?

LUISA.– ¿Crees eso?... Si lo crees, sabrás por qué estamos aquí, o te lo imaginarás, al menos, que viene a ser lo mismo... *(Carla toma el canasto de la costura y lo lanza contra el piso.)*

CARLA.– ¡Estúpidas costuras!

LUISA.– ¡Vamos, linda! ¡Ahora veo que creías estaban "jugando" con nosotros!... Esto no es un juego.

CARLA.– ¿Y qué vamos a hacer?

LUISA.– ¿Yo?... Morir si es necesario. Ya estoy preparada, y no le tengo demasiado apego a la vida. *(Entra Emilia trayendo un viejo papel en la mano. Es como un pergamino. Lo luce ante sí. Viene en estado de enajenación.)* ¿Qué es lo que tienes ahí, querida? *(Emilia se* lo alcanza. Luisa lee: ¡"Sálvense, mientras puedan"!... ¿Dónde encontraste esto?

EMILIA.– En la terraza... Entre unas flores... *(Va salir, en el mismo estado de enajenación. Se vuelve.)* Y dicen que no hay comida... Vamos a morirnos todos, de hambre... *(Sale, Carla arrebata el papel de las manos de Luisa.)*

CARLA.– ¿Y esto qué significa? ¿"Sálvense, mientras puedan"?... *(Se mueve agitadamente en la habitación.)* ¡No quiero jugar más! ¡Quiero irme de aquí! *(En ese momento se escucha, afuera un vocerío. Luego entra Teresa, que lleva un pan en la mano. Tras ella Cintia.)*

CINTIA.– *(Desaforada.)* ¡Vamos! ¡Dámelo! *(Teresa la rehúye. Cintia corre tras ella.)* ¡Dame eso te dicen!

TERESA.– ¡No! ¡Yo fui a buscarlo! ¡Yo lo fui a buscar! *(Cintia le da alcance y la tira del pelo.)*

CINTIA.– ¡Y yo te digo que me lo des, puta! *(Le arranca el pan.)*

TERESA.– ¡No! ¡Yo quiero dárselo! ¡Yo se lo quiero dar! *(Se abalanza sobre Cintia. Tironean del pan. Caen al piso, forcejeando, el pelo de Teresa entre los dedos de Cintia.)*

CINTIA.– ¡Suelta, puta! ¡Suelta! *(Logra quitarle el pan. Se encamina hacia la salida. Desde allá.)* ¿Te querías quedar con él, eh? Sólo para ti, puta, ¿eh? *(Triunfal.)* ¡Aquí, nadie se queda con nada! ¡Todos tenemos derecho a comer! *(Sale. Teresa gime en el piso. Carla y Luisa la levantan. La llevan hacia un sillón.)*

TERESA.– *(Entre sollozos.)* ¡No era para mí! ¡Era para él! Fui a la cocina a buscar cualquier cosa para él... que está tan débil, tan enfermo... Pero vino esa harpía... ¡Esa arpía horrible! *(Luisa la acaricia.)*

LUISA.– Sí, ya... Ya pasó todo... ¡Todo se va a arreglar, ya verás!

TERESA.– ¡Soy tan tonta!... ¡Y él está tan desesperado, tan solo!

LUISA.– Sí, mi amor, sí... Pero ya pasó todo... *(Teresa se aprieta contra ella.)*

TERESA.– ¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero irme de aquí!

LUISA.– ¡Sí, querida, ya saldrás! ¡Ya saldremos todos! *(Teresa se levanta.)*

TERESA.– *(Desaforada.)* ¡No! ¡Quiero irme, ahora! ¡Ahora! *(Va hacia la gran puerta y la golpea con sus puños.)* ¡Es mi madre! ¡Ella tiene la culpa! ¡Ella me obligó a venir aquí! *(Va resbalando a lo largo de la puerta.)* Me ahogo aquí... Quiero irme... *(Carla y Luisa de dan alcance y la llevan hacia el sofá.)*

LUISA.– *(Calmándola.)* Ya vendrán los hombres, querida... Ellos fueron a buscar ayuda... Ellos te sacarán de aquí... *(Entra Goldberg. Viste un extraño atuendo, hecho de todas las prendas esplendorosas, y un turbante en la cabeza. Se presenta ante ellas.)*

GOLDBERG.– ¡Soy Melchor, Gaspar y Baltasar! ¡Todo en uno! *(De sus brazos cuelgan cuentas y collares.)* ¡Toda la pedrería multicolor de mi tierra seca, cuelga de mis brazos! ¡Vengo con todos los presentes del mundo, a alegrar a los hombres!

CARLA.– ¿Y dónde encontró todo eso?

GOLDBERG.– *(Exhibiéndose.)* ¡En el vientre de la ballena!... ¡Un ático, arriba, en lo alto del edificio, lleno de prendas... ¡He estado tres días, trasteando como un niño!... ¡Hay para vestir regimientos!... ¡Ropa de juglares! ¡Capas de Reinas! ¡Tricornios de Almirantes! ¡Toda la parafernalia de la vanidad humana! *(Va hacia Luisa, le pasa algunas prendas.)* ¡Tome! ¡Vístase conmigo! ¡No hay nada como un buen disfraz, para olvidar las penas! *(Va hacia Teresa. Tiernamente.)* ¿Y tú chiquilla? ¿Qué tienes en la carita? ¿Por qué pones esos ojos tan tristes? *(Le pone un turbante.)* ¡Ríete de la vida! ¡La vida no es tan terrible! ¡Te lo dice un hombre que lleva en su piel todas las cicatrices de su raza! *(Teresa entra en el juego. Se deja poner ropas. Al final, alegremente.)* ¡Eso es! *(Luisa y Carla ayudan a vestirla.)* ¡Eso es!... ¡Esa sonrisa, es lo que me gusta!... ¡He visto un montón de caras tristes por aquí, últimamente, y todo el mundo necesita un poco de tratamiento hebreo! *(Teresa le da un beso en la mejilla.)* ¡Uh! ¿Qué es eso? ¡No traicionemos la Biblia! ¡Melchor, Gaspar y Baltasar nunca fueron besados por una mujer!

TERESA.– Hace días que necesitaba darle eso.

GOLDBERG.– Señoras, ¿oyeron eso?... ¡Una legítima declaración de amor! ¡Espero que Goldberg no tenga que pagar por eso! *(Toma a Teresa y bailan.)* ¡A bailar! ¡La vida lo merece! *(Interrumpe el baile, la entrada de Javier que, rengueando dificultosamente, trata de alejarse de Cintia, que lo sigue. Se ha puesto dos rosas sobre las orejas y se ha bajado los tirantes de las enaguas. En cuanto ve como Teresa se acerca a Javier para ayudarle a caminar, se detiene y va a permanecer durante un rato, paseándose de izquierda a dereha, como una leona enjaulada, sin quitarles la vista.)*

JAVIER.– *(Apoyándose en Teresa.)* ¡Quítame a esa mujer! ¡No la soporto! ¡Hace días que no se baña! ¡Huele insoportablemente a sudor! *(Caen sobre un sofá. Goldberg recoje los disfraces.)*

GOLDBERG.– Bueno, supongo que es poco lo que tengo que ofrecer. Hay situaciones que ni un buen disfraz alegran... Volveré todo esto al polvo, donde ha dormido hace siglos... *(Sale con los disfraces. Carla se encoje de súbito frío.)*

CARLA.– Siento un frío en la espalda ¿habrá una corriente de aire?... *(Tirita.)* ¡Oh, que frío siento! *(Se acurruca contra Luisa, que la cubre con una manta.)*

LUISA.– ¡Toma, mi linda! ¡Cúbrete con esto! Todos sentimos un poco de frío, en esta casa siniestra... *(Carla se deja conducir hacia un sofá. Emilia aparece arrastrando dos grandes bolsas de papel, en las cuales se pone a escarbar, sacando a ratos algo que come vorazmente, mientras observa a Javier y Teresa en el sofá.)*

CARLA.– *(Tiritando siempre, acurrucada contra Luisa.)* Es raro... Yo, siempre tan corajuda... Siempre riéndome de la vida, y ahora, de pronto... ¿Qué es este frío?... Nunca había sentido nada igual... *(Luisa se levanta.)*

LUISA.– Iré a buscarte un buen trago... *(Sale. Javier y Teresa se besan ahora, tiernamente. Emilia observa eso, en tanto sigue masticando y escarbando en las bolsas.)*

JAVIER.– *(A Teresa.)* ¿Y tú, quién eres?

TERESA.– ¿Y tú?

JAVIER.– ¿Y tú? *(Se besan de nuevo. La irritación de Emilia crece.)* ¿Para siempre?

TERESA.– Para siempre, sí... Para siempre. *(Luisa regresa con una botella que le pasa a Carla, que bebe ávidamente.)*

LUISA.– ¿Mejor?

CARLA.– Mejor, sí... Mejor... *(Suspira, deja que el vino le caliente el cuerpo. Emilia no puede más con el espectáculo de los jóvenes enamorados. Se levanta.)*

EMILIA.– *(A Carla y Luisa.)* ¡Mírenlos! ¡Mírenlos! Ahora, todo fuego, ¿y después qué? *(A Javier y Teresa.)* ¡El amor no es eso, par de estúpidos! ¡El amor es un marido sucio en cama! ¡Un desayuno sola y cuatro paredes donde golpearse la cabeza! *(Javier y Teresa reaccionan con espanto al grito. Deciden salir. Se van, con Javier rengueando, apoyado en Teresa. Gritando tras ellos.)* ¡Mírenlos, ahora a los tórtolos! ¡Hoy, todos calientes, y mañana, fríos como ceniza! *(Salen Javier y Teresa.)*

LUISA.– No debiste decirles eso.

EMILIA.– ¡Imbéciles! *(Vuelve a sentarse a escarbar en las bolsas.)* ¡Me muero de hambre! ¡Fui a la cocina y estaba todo cerrado... Sólo encontré estas bolsas de basura!... Son migas, pero sirven de algo... Nunca he sentido hambre... Hambre verdadera... ¿Cómo será?... Siempre pensaba en los pobres, y me decía: ¿cómo será el hambre? No tener nada que comer, ¡verdaderamente! *(A Luisa y Carla, insistentemente.)* ¿Cómo será? ¿Lo han pensado ustedes?... ¿Cómo será? *(Cae en una especie de ensimismamiento insensible mientras sigue mascando lo que ha encontrado. Afuera se escucha un rumor y entran Serrano-Soler, encabezando el grupo, seguido de García, que se cubre la cabeza con un pañuelo de cuatro puntas atadas, Sergetti, con la camisa desgarrada, y tras ellos Mario, a retaguardia, con un bastón hecho de caña.)*

SERRANO-SOLER.– *(Entrando a grandes pasos, grandes voces.)* ¡Fracaso! ¡Fracaso! *(Por García.)* ¡Y todo por este imbécil!

GARCÍA.– Pero, ¿qué he hecho, repito? ¡Es todo lo que cabía hacer!

SERRANO-SOLER.– ¿Entregarles nuestras armas?

GARCÍA.– Nos tenían rodeados, ¿no? ¡Qué más podíamos hacer!

SERRANO-SOLER.– ¡Pelear, hombre! ¡Pelear... como hombres! ¿Sabemos o no sabemos resolver las situaciones adversas? *(Se le acerca.)* ¡A veces creo que no eres de los nuestros!

GARCÍA.– *(Tartamudeando.)* ¡Me he ganado mi lugar! ¡Me he ganado mi lugar, en lucha bien ganada!

SERRANO-SOLER.– ¡Bueno, demuéstralo entonces! *(Se calma. A los demás.)* ¡Tenía convencidos a esos hombres! ¡Los tenía en mi mano! ¡Y viene este tipo, y les entrega nuestras armas!... ¡Sin armas, no hay argumento! *(Como conclusión.)* ¡Y era lógico! Débiles como ovejas, esos hombres hicieron su trabajo, y luego ya no había nada más que hacer... *(Cae en su sillón, exhausto.)*

LUISA.– Pero, ¿qué pasó?

SERGETTI.– Avanzamos por la cerca de pinos, hasta el potrero grande, y descendimos por una quebrada... Casi habíamos llegado a la playa, cuando saliendo del bosque, nos rodearon esos hombres... Un gran jefe, al frente, con una gorra verde y una pistola... Sonaban los disparos por todos lados... Hombres se movían como sombras por entre los riscos y los cañaverales... Una gran nube de humo se abría como una coliflor, en dirección a la cuidad... Tratamos de huir. Me desgarré la ropa entre unas cañas... Todo estaba lleno de humo y de sombras...

GARCÍA.– Y entonces, repentinamente, aparecieron esos hombres, llevando esos cuerpos mutilados en una carreta...

SERRANO-SOLER.– ¡Eso no es verdad! ¡Eso, lo viste tú, en tu inmenso, tu increíble terror!

GARCÍA.– *(A los demás.)* ¡Es verdad! ¡Lo vi!... Decenas, cientos, miles de cuerpos mutilados, en una carreta... Bajo un gran toldo rojo y unas ruedas que se sacudían y chirriaban espantosamente... Iban tirados por un ejército de hombres desnudos...

SERRANO-SOLER.– ¡"Hombres desnudos"! ¡Vaya! ¡Miedo tuyo, nada más!

GARCÍA.– *(Ante sí, musitando lo que dice.)* Es verdad... Hombres desnudos, con los rostros tatuados... Y un puñal en vaina de cuero, en la cintura... *(Entran Teresa y Javier abrazados. Tras ellos Goldberg, con el turbante del disfraz, caído sobre su frente. Mario se ha sentado junto a Carla, al otro lado de Luisa.)*

SERGETTI.– El hecho es que estamos de vuelta, tal como salimos, como un ejército vencido. Pienso, ahora, que siempre estaremos así...

EMILIA.– ¿Por qué dice eso?

SERGETTI.– Porque uno de los hombres lo dijo: "Tenemos toda la ciudad"... *(Pausa. Emilia se mueve automáticamente junto a su marido, y se apretuja contra él.)* De modo que, aquí estamos ahora como una especie de sitiados... Rehenes, alejados de toda la civilización.

JAVIER.– ¿Y los perros?

SERGETTI.– No había perros. Nadie salió a detenernos... *(Una ráfaga de viento sacude los cortinajes, por la gran puerta, que ha quedado abierta. Suenan disparos intermitentes a la distancia. Un pesado silencio se cierne sobre el grupo, que se compacta y del cual surge la voz de Emilia, apremiante, angustiada.)*

EMILIA.– Julián, nuestra casa... *(García la mira.)* Tomaron toda la ciudad, dicen... Nuestras cosas, Julián... Nos están quitando todo. *(Todos escuchan sus palabras. De pronto, una exclamación de Luisa, desde uno de los ventanales donde ha acudido a mirar afuera.)*

LUISA.– ¡Miren! ¡Nos estamos alejando! *(Todos se agolpan a ella, mirando afuera.)* ¡Como flotando en el espacio!

SERGETTI.– ¡Miren ahí, el mar, cómo se aleja!

EMILIA.– *(A García.)* ¿Y las sombras, ves? ¡Sacan unas cosas entre las redes!

SERRANO-SOLER.– ¡Vamos, señores, estamos soñando! ¡No nos dejemos llevar por la imaginación! *(Todos se desplazan en grupo, lentamente, hacia el centro de la sala, formando un hato de náufragos expectantes, alertas ante el misterio amenazante que los rodea. Un gran viento sacude los velos de los cortinajes sobre ellos, como velas fantasmales. En medio del grupo surge la voz de Carla.)*

CARLA.– *(Apretándose contra Mario, abrigándose con una manta.)* ¡Tengo frío! Un frío que me traspasa... ¡Sosténme! ¡Abrázame, querido!... Siempre lo soñé, ¿sabes?... Hacer un viaje contigo, muy solos, íntimamente... Y soñé con poder quererte intensamente... Dejar a un lado mis certezas, y perderme contigo en un mar de sensaciones... *(Lo besa en la boca.)* Sería toda una aventura, ¿no crees? *(Mario se desprende de ella y avanza hacia Javier.)*

MARIO.– Tengo que ir a encontrar a ese muchacho... *(Surge la imagen de Emilia, apretada también contra el pecho de su marido.)*

EMILIA.– ¡Quiéreme!... No soy la mujer que tú crees... *(García se desprende de su abrazo febril.)*

GARCÍA.– ¡Déjame! ¡Suéltame! ¡Necesito espacio! ¡Necesito aire! ¡Todo el aire que me quepa en el cuerpo! *(Brotando del grupo que se desplaza y gira, en medio de las sombras que los circundan, se adelanta Goldberg.)*

GOLDBERG.– Y las razas que se desplazan por el desierto iban con mulas y camellos... Y la arena lo cubría todo; bestias y caras... *(Se adelanta García hacia él.)*

GARCÍA.– *(Amenazante.)* ¡Cállate judío! *(Se adelanta Sergetti.)*

SERGETTI.– Sí. ¡Él es el culpable! *(Ambos persiguen fugazmente.)* ¡Detente, judío! ¡Si no fuera por ti, no estaríamos en esto!

GARCÍA.– ¡Sí! ¡Quiso hacerse el lindo con mi mujer! *(Una voz en las sombras.)*

VOZ.– ¡No! ¡Deja! ¡No te lo comas todo!

OTRA VOZ.– ¡Sí! ¡Déjame algo a mí, también! *(Vemos a Teresa huyendo hacia un rincón, con un pan, que Luisa y Emilia tratan de arrebatarle, tironeando de él. Logran arrancárselo al fin y huyen con él. Teresa cae. García va a ayudarla y al hacerlo, la asedia tratando de besarla. Ella se desprende de su abrazo lascivo y huye. Surge Javier de las sombras, burlándose de Mario y llamándole con gestos insinuantes.)*

JAVIER.– ¡Cázame! ¡Cázame! *(Desaparece riendo. Se alza la imagen de Cintia, con el torso desnudo.)*

CINTIA.– *(Poniéndose ante Javier.)* ¡Es todo lo que tengo! *(De pronto un grito, y rueda Goldberg por el suelo. Sobre él, varios, dando voces, y señalándole con un dedo extendido.)*

VOCES.– ¡Él es el culpable! ¡Mátenlo! ¡Muerte al judío! *(En el silencio que se hace después, Emilia toma la mano de García y lo invita a arrodillarse junto a ella.)*

EMILIA.– *Gloria in excelsis Deo...*
GARCÍA.– *...Et in terra hominibus bonae voluntatis...*
EMILIA.– *... Laudamus te...*
GARCÍA.– *...Benedicimus te... (Otros se arrodillan junto a ellos.)*
TERESA.– De mí sacan agua, como de fuente viva, el pequeño y el grande, el pobre y el rico, y los que me sirven de buena voluntad y libremente recibirán gracia por gracia... *(Se arrodilla Goldberg. Sólo permanece Sergetti, alejado del grupo arrodillado, mirando todo con excéptica y reprobatoria expresión.)*
JAVIER.– Mas, el que quisiera glorificar fuera de mí, o deleitarse en algún bien en particular, no será confirmado en el verdadero gozo, mas estará impedido y angustiado de muchas maneras...
VOCES.– *(De todos.) "in nomine Domini... Qui facit caelum et terram... Dominus vobiscum... et cum spiritu tuo... (De pronto se hace la luz, violentamente. Todo queda sumido en un resplandor enceguecedor. En lo alto de la escala surge la imagen de Leonardo. Es ahora un majestuoso y espléndido hombre de mundo. La aparición de la mundanidad más esplendorosa. Traje blanco, sombrero blanco, zapatos blancos. Un pañuelo rojo en el bolsillo del vestón. En la mano, un anillo. Bastón con empuñadura de oro. Avanza escala abajo en dirección de los arrodillados.)*
LEONARDO.– *(Jovial, exuberante.)* Vaya, vaya, ¿y qué pasa aquí?... ¿En qué campamento de gitanos han convertido mi casa? *(Se pasea entre los que comienzan a incorporarse.)* ¿Y a quién estaban rezando? ¿A Belial? *(Ríe.)* ¿Al Conde de la noche?
SERGETTI.– *(Reaccionando.)* Oh, Leonardo, ¿dónde estabas?
LEONARDO.– ¿Dónde?... En mi casa, naturalmente... Descansando antes que llegaran.
SERGETTI.– ¿Qué broma de mal gusto nos has estado jugando?
LEONARDO.– ¿"Broma de mal gusto"? ¿De qué estás hablando? *(Todos comienzan a componerse.)*
GARCÍA.– ¿Nunca saliste, entonces?
LEONARDO.– ¿Pero qué les pasa? *(Siempre divirtiéndose.)* Sufrieron alguna alucinación colectiva , ya veo... Nos ha pasado a nosotros también... Demasiada excitación de delirios embriagadores, y comienza el pandemonio... Un segundo justo, antes del holocausto *(Ríe; a Carla.)* ¿Qué pasó con tu vestido; tú siempre tan compuesta? *(A Emilia.)* Y a ti, ¿qué le hiciste a tu hermoso peinado tan importante para ti?
SERRANO-SOLER.– ¡Termina con ese tono burlesco, Leonardo! ¡Considero que todo es una broma de pésimo gusto!
LEONARDO.– Pero, por favor, amigos... *(García se ha desplazado hacia la ventana, mirando hacia fuera. Otros se le unen.)*
GARCÍA.– Hace un rato que flotábamos... La casa se alejaba del mar...
EMILIA.– ¡Y miren esos niños! ¡Cómo juegan con su yaya, en la arena! *(Se vuelve hacia Leonardo.)* Antes no estaban...
JAVIER.– Y no hay disparos, ni perros ni nada... *(Se vuelve hacia Leonardo. Otros lo imitan.)* ¿Quién es usted?
LEONARDO.– Sólo un anfitrión que trata de ofrecer placer, nada más. *(Aparece Conrado, de chaquet, muy compuesto como en la primera escena. García se abalanza hacia él, señalándolo.)*

GARCÍA.– ¡Usted! ¡Usted lo dijo! ¡Niéguelo ahora! *(Por Leonardo.)* ¡Dijo que él había salido, y que no podía volver!

CONRADO.– ¿Yo, señor? ¿Cómo podía decir una cosa así?... Vengo de guardar los abrigos de los señores... Volvía a recibir sus órdenes...

GARCÍA.– ¡Eso no es verdad! ¡Hemos estado aquí semanas!

LEONARDO.– ¡Pero, García, por Dios! ¡Semanas! *(Ríe.)* ¡Minutos! ¡Si acabamos de llegar de la casa de los Margulis!

SERRANO-SOLER.– ¡Termina con eso, Leonardo! ¡Nadie, aquí, es un imbécil! ¡Sabemos de qué hablamos!

EMILIA.– *(A García.)* Julián, quiero volver a casa...

SERGETTI.– Sí... Es lo mejor que podemos hacer. *(Recogen sus cosas para salir.)*

SERRANO-SOLER.– Esta broma estúpida, ya duró demasiado... *(A Conrado.)* ¡Hombre! ¡Traiga mi abrigo! *(Conrado espera órdenes de Leonardo.)*

LEONARDO.– *(Resignado.)* Haz lo que te ordenan... *(Sale Conrado. A los que se visten y se componen.)* ¡Pero, amigos, por Dios! La noche apenas comienza... La vida es fiesta eterna; hay que apurar la copa hasta la última gota... Vivir la vida como si fuese el último minuto... Les ofrecí placer, y placer les daré, si sólo me dan la oportunidad... *(Pero ya nadie escucha. Conrado regresa con los abrigos y carteras, que todos le arrebatan, preocupados sólo por salir.)*

LEONARDO.– Pero, amigos...

SERGETTI.– Es inútil, Leonardo... Desconfiamos de ti...

GARCÍA.– Sí... Se agotó nuestra paciencia... *(Serrano-Soler se le acerca y le hace el gesto.)*

SERRANO-SOLER.– ¡Si no fuese un hombre educado, te cruzaría la cara con un guante! *(Se escuchan disparos a la distancia. Todo el mundo vuelve a paralizarse.)*

EMILIA.– ¿Qué fue eso?

LEONARDO.– ¿Eso?... No teman amigos... Disparos de unos infelices que ensucian la noche. Hace tiempo que asuelan la región, pero sólo asustan a los niños. La policía da buena cuenta de ellos.

EMILIA.– ¡Julián, vamos! ¡Apúrate!

OTRAS VOCES.– ¡Sí vamos!... ¡Vamos! *(Salen. Encabezando Serrano-Soler, que arrastra del brazo a Luisa, que mira lánguidamente a Leonardo. Luego García, empujando a Emilia, Mario y Carla del brazo, pausadamente, cruzando con Leonardo una mirada de inteligencia antes de salir. Mario enciende un cigarrillo. Luego, Sergetti, seguido de Cintia, que se queda atrás por cruzar a Leonardo una mirada de sensual ensoñación. Luego Teresa y Javier, abrazados. Al final, Goldberg haciendo una venia y poniéndose una rosa tras la oreja. Leonardo y Conrado quedan quietos, escuchando la partida de los motores. Luego Conrado recoge algunas de las prendas de vestir que han quedado rezagadas. Va a partir tras ellos a entregárselas, pero lo detiene la voz de Leonardo.)*

LEONARDO.– ¡No, déjalos! ¡No los detengas! Están demasiados apurados en volver a sus casas, al calor acogedor de sus hogares... Y no los culpo.

CONRADO.– *(Por las prendas.)* ¿Y dónde pongo esto?

LEONARDO.– Guárdalo, con lo que otros han dejado rezagado, por partir demasiado apresuradamente... *(Conrado recoge el papel con la inscripción.)* Y eso, destrúyelo... Hemos sido descuidados... ¿Para qué preocuparlos más de la cuenta? *(Conrado rompe el papel y comienza a hacer el aseo.)* Sí, ordena un poco, que luego llegarán los próximos... *(Va hacia la ventana y mira afuera, con nostalgia y tristeza.)*

Vendrán forzando los motores de sus autos, ansiosos como éstos, por una parcela de placer... Cargados, como éstos, con sus extravíos y sus debilidades, vendrán para que les demos techo y los deleitemos, pero partirán tan desorientados, tan contradictorios, tan vulnerables como llegaron... *(Se vuelve hacia Conrado.)* Éstos, al menos, rezaron, ¿los oíste? Recurrieron a ese consuelo; otros, se olvidan de eso... Me dio cierta esperanza, ¿sabes? Algunos lo hacían muy seria, muy sinceramente... ¿Seré ingenuo? *(Se sienta cansadamnete en un sillón.)* Lo peor es que los amo, Conrado. No sabría que hacer sin ellos, pero sufro de no poder evitar sus sufrimientos... *(Ve trabajar a Conrado que ha vuelto a su quehacer de poner orden en el desorden que ha quedado.)* Te envidio, Conrado, ¿sabes? *(Sonríe.)* Haces tu trabajo tan concienzudamente... Casi diría que crees en la utilidad de todo esto... *(Suena la campana exterior. Leonardo se levanta.)* Oh, ahí vienen los nuevos, parece... ¡Anda y ábreles! *(Va hacia la gran escala. La asciende en parte.)* Yo volveré a mis cuarteles... *(Se detiene.)* Pero, trátalos con el respeto que se merecen... Cuida el mobiliario; que no destruyan nada... Éstos, al menos, conservaron mis alfombras... *(Golpes febriles en la puerta. Arañazos como de ratones rasguñando la madera. Espiando.)* ¡Oh! ¡Ahí está esa gente espantosa, otra vez! ¡Manténlos fuera de la casa, Conrado! ¡Quítalos de mi vista! ¡Me espanta su violencia! *(Sube rápidamente. Desaparece de la vista. Conrado va hacia la gran puerta. La abre, de inmediato se cuelan dentro, corriendo, brincando, rodando sobre sí mismos, los cuatro pordioseros. Se revuelcan. Se encaraman sobre los muebles. Sisean amenazadoramente al hablar.)*

ELLA.– ¡Uyyyyyyyy! ¡Ahí vienen!

ÉL.– ¡Siiiiii!... ¡Los vimos venir desde el barranco!

EL COJO.– *(Rengueando ostentosamente por la sala, con su pata de palo.)* ¡Vienen patos! ¡Vienen lindos! ¡Ellos, con chisteras! Ellas, con calzón. *(Se tiende cuán largo es sobre la alfombra central.)* ¿Vomitarán sobre el Bukhara? *(Ríe. Se levanta. Conrado agarra una escoba y los persigue.)*

CONRADO.– ¡Fuera! ¡Fuera, intrusos! ¡No tienen nada que hacer aquí! *(Logra arrearlos a golpe de escoba hasta la gran puerta. Salen riendo, y haciendo morisquetas, en tropel. Conrado ve al militar que ha quedado atrás, con una figura de porcelana en la mano. Va sobre él, amenazante, pero lo detiene la impasibilidad digna del pordiosero.)*

MILITAR.– *(Mostrándole la figura.)* Venden éstos por toneladas... Y cada uno de éstos, tranquiliza a un rico... Si supieran que con el polvo de ésto, se dibujan lunas... y en las minas de donde esto proviene, se quiebran espaldas... *(Insistencia de la campana de llamada.)*

CONRADO.– *(Débilmente casi sin convicción.)* ¡Fuera! *(El militar deja la figura y se encamina parsimoniosamente hacia la puerta. Sale haciendo un saludo militar. Sin tocarlo.)* Fuera... *(Otras campanadas. Ladran los perros furiosamente. Conrado se acomoda su chaquet. Se ajusta su corbata, se pasa una mano por el pelo y va hacia la gran puerta. La abre. Da un paso afuera y dice.)* ¡Adelante, señores! *(Se escuchan voces y risas que se aproximan.)*

TELÓN FINAL